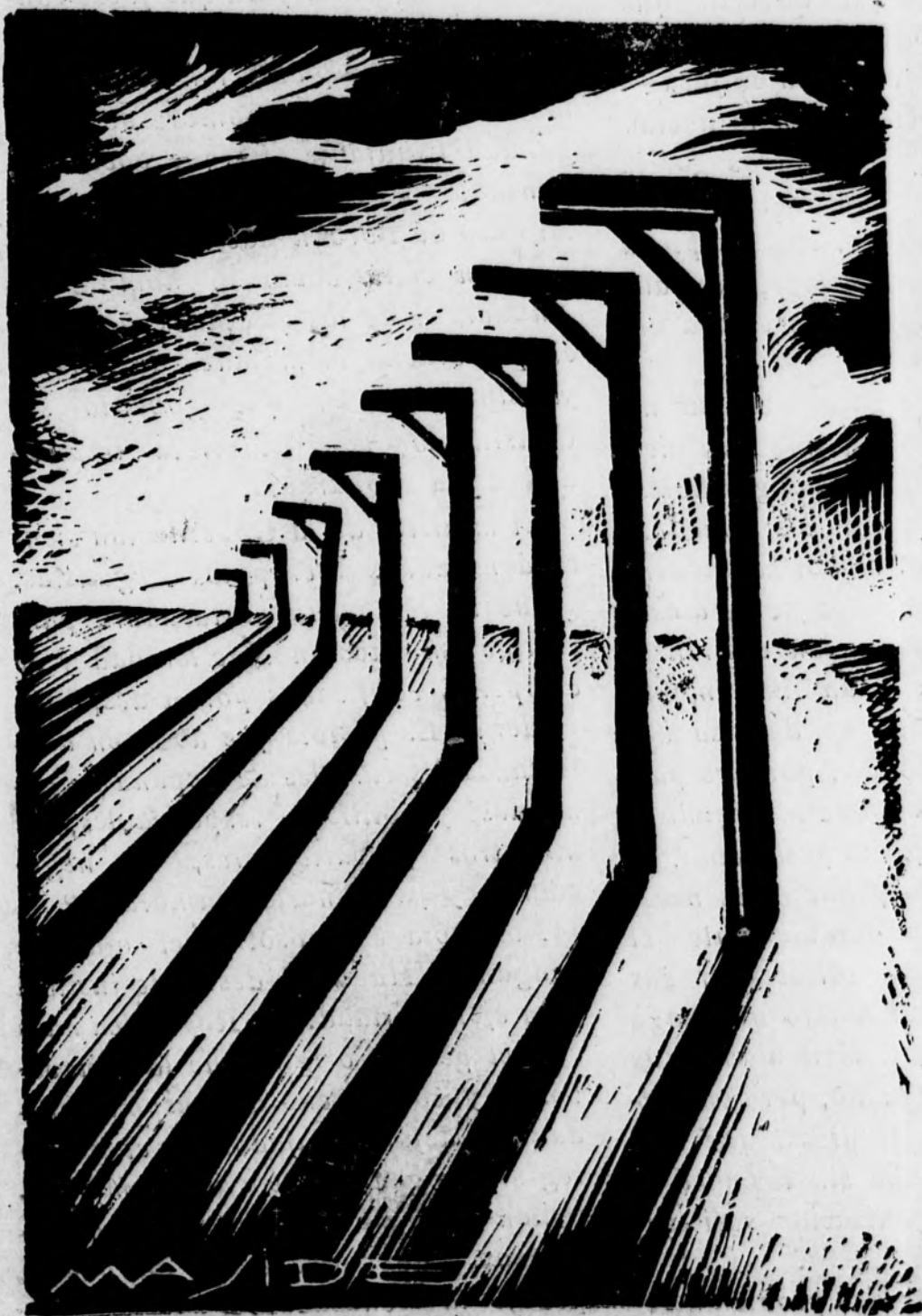


NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



En expectación de destino.

La República y las Ordenes religiosas

Suponemos que el Gobierno provisional de la República afrontará antes de acudir a las Cortes Constituyentes el problema religioso español, cuya urgencia de resolución no hace falta encarecer. El Gobierno puede y debe tomar decisiones radicales en materia religiosa, retrusarlo será no hacerlo. Un Gobierno que viene a establecer un nuevo régimen no puede menos que atacar de frente, en su raíz, los males de España. El Estado español padece una congestión clerical que vienen señalando, desde siempre, los partidos republicanos. Ahora que los partidos republicanos están en el Poder deben llevar a cabo sus programas en aquella parte que la opinión considera inaplazable.

La reforma religiosa de España no puede reducirse a separar la Iglesia del Estado, afirmar la libertad de cultos y secularizar los cementerios. Eso no es siquiera un programa mínimo. Hay que declarar ilegales las órdenes monásticas, expulsar a una buena parte de sus componentes y devolver a la nación los bienes eclesiásticos de los que se ha apropiado la Iglesia por privilegios ilícitos.

La expulsión de los Jesuitas, verdaderos valedores de los regímenes de absolutismo y dictadura no puede demorarse. No puede demorarse, porque esa Orden constituye un gravísimo peligro para la República. Cada convento y cada residencia puede ser, dentro de poco tiempo, un foco de conspiración.

Y no se diga que tales acuerdos deben ser adoptados en Cortes. No hay tal. Las Cortes no pueden hacer más que reafirmarlos. Cualquier aplazamiento permitirá a los elementos clericales tomar posiciones y adulterar los fines de la República.

EDITORIALES

¿Y EL CAOS? ¿DONDE ESTA EL CAOS?

Las gentes monárquicas están llenas de estupefacción al ver que la República se ha establecido en España sin ninguno de aquellos fieros males que pronosticaban. No ha habido violencias, no han ocurrido violaciones de doncellas (en la vía pública, se entiende), ni siquiera se han incendiado unos cuantos conventos, que falta hacía. En suma, la República, lejos de traer la desolación y la ruina a España, la ha traído un orden y una tranquilidad como no supo ofrecerlos jamás la Monarquía. El famoso «caos» anunciado a tambor batiente por todos los tartufos del reino no aparece por ninguna parte. Se le dió el puntapié al Borbón y el hombre se fué con él, tan campante, al otro lado de la frontera. Claro es que muchos de los que hablaban del caos no creían tal cosa. Fingían creerlo y lo propagaban así para amedrentar a las gentes timoratas que después habían de depositar su voto en las urnas. Pero el terrorismo, como siempre ocurre, se ha vuelto contra sus mismos propagandistas y las urnas han respondido con la serena civilidad del desprecio.

La enseñanza no puede ser más interesante para los republicanos. Ella demuestra que cuando se recurre franca y directamente al pueblo, confiando sólo a su buen instinto el orden y la seguridad social, el pueblo responde con la corrección maravillosa con que lo hizo en estos días graves. Además, la sencilla libertad ciudadana sabe dejar al descubierto las torpes maniobras de los que con el pretexto de defender el orden público, fomentan sus intereses privados y devienen en último término los únicos y verdaderos perturbadores.

EL EJERCITO Y EL PUEBLO

El Ejército español requiere una radical reforma. Durante todo el siglo XIX se ha sublevado él solo más veces que todos los demás Ejércitos de Europa juntos. Verdad que en mu-

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA
JOAQUIN ARDERIUS
JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS, 41

M A D R I D

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

chas ocasiones caía del lado de la libertad; pero hay que advertir que cuando esto ha ocurrido—como ocurrió ahora en el movimiento de Jaca—, los que se insurreccionaban lo hacían minoritariamente y empujados por la voluntad incontrastable del Pueblo. En cambio, el Ejército, como espíritu colectivo y de clase, siempre simpatizó con la Monarquía y en contra del Pueblo.

En rigor, lo que sucede es que no existe un solo Ejército, sino tres bien distintos: el Ejército de los generales, el de los oficiales y el de los soldados.

El Gobierno provisional se encuentra en sus primeros pasos frente a este problema de la institución castrense. Ha de hacer de ella un instrumento eficaz y bien dotado de defensa nacional. Y ha de impedir, por otra parte, el peligro que supone el orgullo y las audacias del espíritu pretoriano.

Para solventar lo primero, es necesario reducir considerablemente el contingente armado, seleccionar sus mandos y dedicar el dinero que haga falta a dotarle como es debido. Más vale un Ejército pequeño, pero en perfectas condiciones técnicas, que uno grande y complicado sin los medios materiales y la organización suficientes.

La segunda parte del problema resulta más difícil. ¿Cómo tener a raya en las cuestiones políticas a una multitud armada y obligarla a que obedezca tan sólo a los mandatos directos

le sus jefes? A nuestro juicio, no hay más procedimiento que uno. El de organizar una milicia civil que se halle en reserva y en neutralidad mientras los militares profesionales no se salgan de sus atribuciones normales. Pero que pueda, en los momentos en que se la necesite, actuar con rapidez y oponerse con las armas en la mano a cualquier atentado que contra los derechos del pueblo trate de realizar el eterno grupo militarista.

EL PROCESO CONTRA BERENGUER

Es claro que no estamos conformes con la teoría del ministro de la Gobernación de la República dejando en libertad al segundo dictador por delegación, al funesto general Dámaso Berenguer. No estamos conformes, porque bastaba el hecho de haber aprobado la sentencia contra Galán y García Hernández para que fuese considerado reo por la República. El mismo día de la implantación de ésta debió ser detenido en nombre de la legalidad triunfante. Porque pocos responsables habrá tan directos—aparte Alfonso de Borbón—de los delitos del régimen caído como el hombre de Annual, el de los fusilados de Jaca, el que ordenó la matanza de obreros y estudiantes, el que gobernó sin Constitución para servir la impunidad de la Monarquía.

El ministro de la Gobernación siente demasiados escrúpulos legalistas. ¿Qué se ha hecho hasta ahora para castigar muchos años de lenidad y de atropellos verificados por el despótico Poder? ¿Es posible que no estén abarrotadas las cárceles de España de generales y políticos responsables, de ministros prevaricadores, de negociantes y funcionarios inmorales?

No habla en nosotros el afán de venganza. Habla el deseo de justicia y de ejemplaridad. La República nace con el pecado original de la benevolencia y con la enorme responsabilidad de dejar encajados en el nuevo régimen a gentes que ayer mismo sostenían la Monarquía con titánicos esfuerzos, aun convencidos de que el pueblo la rechazaba.

Los ministros de la izquierda que hay en el Gobierno provisional deben oponerse a esta incomprensible conducta.

El papel actual de los Bancos

por CARLOS MANUEL COX



El proceso de concentración no ha terminado en la industria; ha operado especialmente sobre una de sus ramas más importantes, en forma que sobrepasa todos los cálculos. Me refiero a la industria bancaria. La unificación bancaria es uno de los aspectos del proceso monopolístico más sorprendentes e interesantes. Los Bancos han sido un instrumento y al mismo tiempo el origen de las oligarquías financieras que dominan literalmente todo el proceso de la producción. La fusión de los Bancos y de la industria ha sido la consecuencia del proceso de concentración realizado por la industria en general.

Los Bancos tienen como función fundamental servir de intermediarios en los pagos y transformar el capital inactivo, generando beneficios y re-

En todos los países, en todas las épocas, los grandes han perseguido implacablemente a los amigos del pueblo, y si, no sé por qué combinación de la fortuna, se ha elevado alguno en su seno, a ese sobre todo es al que han herido, ansiosos de inspirar terror con la elección de la víctima.—MIRABEAU.

uniendo los ingresos para ponerlos a disposición de los industriales. El Banco, que originariamente fué un factor modesto y hasta cierto punto secundario en la producción, adquiere en nuestra era una preponderancia colosal. Se ha visto que el crecimiento de la industria pesada, principalmente la siderurgia, refluje sobre la intervención de los Bancos dentro del proceso industrial. Los Bancos se convierten entonces en accionistas de la industria y aun en empresarios ellos mismos. Este es el nuevo rol de los Bancos.

«Las inversiones bancarias son el resultado de la fuerza directora y coordinadora en el mundo moderno de los negocios. Las necesidades de la producción fabril demandan grandes desembolsos de capital; las inmensas necesidades financieras de las corporaciones; la unión de negocios aventurados en gran escala; el creciente uso de las inversiones en títulos de Compañías; todo hace que las inversiones bancarias pasen a primer plano.»

Empero, la preponderancia adquirida por el Banco dentro de la actual

etapa del capitalismo se debe ante todo a la concentración; precisa subrayarse. «El movimiento de concentración de los Bancos se acentúa en Alemania y en Francia; no ha cesado de producirse igualmente y de llamar la atención durante cincuenta años en Inglaterra.» La concentración, tanto en Inglaterra como en Francia y Alemania, se produce alrededor de media docena de gigantescos establecimientos bancarios principales. Desde 1845 se inicia la concentración bancaria en Inglaterra. El «Banking Almanac» publica una lista de Bancos que engloban 154. «El número de absorciones señaladas ha sido, escribe el señor Aupetit, de 42, entre 1877 y 1886; de 117, entre 1887 y 1896; de nueve, en 1897; siete, en 1898; de siete, en 1899; 14, en 1900; seis, en 1901; 18, en 1902; ocho, en 1903, y cuatro, en 1904.»

M. F. Steele distingue cinco categorías de fusiones bancarias en Inglaterra: 1.ª, fusión entre Bancos privados; 2.ª, absorción de Bancos privados por Bancos por acciones; 3.ª, fusión de Bancos por acciones entre sí; 4.ª, absorción de Bancos de la capital por Bancos provinciales, y 5.ª, absorción de Bancos provinciales por establecimientos metropolitanos. 24 Bancos tenían en 1904 más de 100 Sucursales en Inglaterra (había un Banco por cada 5.735 habitantes, cifra sobrepasada únicamente por Estados Unidos que tenía un Banco por 4.910 habitantes en 1903). Comprendiendo Irlanda, tenía Inglaterra 7.151 Sucursales de Bancos en 1910 y sólo cuatro grandes Bancos tenían más de 400 cada uno (de 447 a 639).

En 1913 se valuaban los depósitos de nueve grandes Bancos de Berlín en 5.100 millones sobre un total de depósitos bancarios de 10.000 millones de marcos. Estos, a su vez, controlaban una serie de Casas de banca, Sociedades, etc., tanto en el interior como en el extranjero. La concentración bancaria de Alemania se puede apreciar sabiendo que seis grandes Bancos tenían en 1895 un total de 42 establecimientos y participaban en los negocios de una Sociedad por acciones. En 1900 aumentaron a 80 los establecimientos bancarios con participación en ocho Sociedades, y en 1911 participaban en 63 Sociedades por acciones y tenían un total de 450 establecimientos, entre Sucursales y Cajas de depósitos y cambio.

Después de la guerra con España ocurrió en Estados Unidos una enor-

me concentración de los excedentes de capital en pocas manos y el banquero ha sido quien, controlando las inversiones, ha conquistado una situación hegemónica. A la amalgamación de los Bancos en Estados Unidos se le ha nombrado «trust monetario» («Money trust»). Según el informe del «Pujo Committee of the House of Representatives», de fecha 28 de febrero de 1913, el poder financiero en los Estados Unidos residía en J. P. Morgan and Co., The National City Bank of New York, The First National Bank, The Guaranty Trust y el Bankers Trust Co., todos de Nueva York. El mismo informe se refería a que Lee, Higginson and Co., de Boston y Nueva York; Kidder, Peabody and Co., de Boston y Nueva York, y Kuhn, Loeb and Co., de New York.

Cuando el obrero ha ahorrado una pequeña economía, cuando él tiene asegurado su mañana, discute su salario, se defiende; pero cuando el hambre está en su casa, él no se defiende; se entrega.—

JEAN JAURES.

junto con Morgan y sus afiliados, son «los agentes más activos y los fomentadores de la concentración y del control de la moneda y el crédito.»

El «National City Bank» es el primer Banco en la historia del hemisferio occidental que exhibe recursos que exceden de un billón de dólares. El desenvolvimiento experimentado por este Banco desde su fundación hasta nuestros días ilustra acerca de los cambios trascendentales operados, no sólo en los negocios norteamericanos, sino en la economía mundial. Fundado en 1812, tenía en 1879 a su disposición 16.750.020 dólares y en 1880 la cantidad de 18.214.823 dólares. En 1800 llegan sus recursos a la suma de 128 millones; a 280 millones en 1900 y a 1.039.418.324 en 1919. Entre 1889 y 1910 el aumento de sus recursos excedió de 600 por 100. La fusión realizada con el Farmers Loan and Trust Co., en curso del año 1929, hace que su activo arroje dos mil millones de dólares.

La historia no está terminada. J. P. Morgan and Co., el First National Bank, el National City Bank y

la Guaranty Trust Co., forman en realidad un gigantesco consorcio que hace más formidable aún la amalgamación de capitales en pocas manos.

No está circunscrita a los límites de una nación la actividad bancaria moderna. Uno de los aspectos de la concentración bancaria es el fenómeno observado de la «exportación de capital». Esta salida de los sobrantes de la industria monopolizada se realiza

por intermedio de los Bancos, principalmente hacia los países «inexplorados» o poco desarrollados.

Historiando el desenvolvimiento del National City Bank, podemos seguir iluminando este sector de la economía moderna. La primera Sucursal extranjera establecida por este Banco fué en Buenos Aires, el 10 de noviembre de 1914. El 1.º de enero de 1919 tenía ya 15 Sucursales en el exterior y el 31

de diciembre del mismo año llegaba a tener 74. Hay que advertir que antes que «The National City Bank» hiciera operaciones en el extranjero por medio de Sucursales, sus negocios eran manejados por la International Banking Corporation, fundada en 1902, y que entró a formar parte de la organización del City Bank desde 1915. En 1931, es una de las Empresas bancarias más fuertes del mundo.



ARNOLT BRONNEN.—*Vida de Bárbara la Marr*.—Editorial Zeus.—Madrid.

En España es poco frecuente la publicación de novelas biográficas. En otros países, donde la producción literaria es rica en todos los matices del libro, abundan las novelas biográficas. Algunas de ellas suelen alcanzar extraordinaria circulación por recogerse en las mismas aquellos aspectos más esenciales, más conocidos, o acaso más discutidos; pero, por lo mismo, interesantes, de la vida que se está glosando en la obra de que se trata.

Este es el caso de la «Vida de Bárbara la Marr» que ha publicado la Editorial Zeus. Desde las primeras líneas de esta obra entramos en el mundo extraño, arbitrario y fantasmagórico, donde se fabrican los «films». Y nos encontramos cara a cara con una famosa «star»—Bárbara la Marr—, cuya vida llena de aventuras, de escándalo, de luchas terribles y de feroces intrigas, pudiera considerarse como vida—tipo de esos artistas—que llegan a la gloria tras de cruentos sacrificios para perecer casi instantáneamente que los coronó la fama y fueron sus nombres conocidos de las multitudes.

Bárbara la Marr fué una artista de las que pudiéramos llamar «precursoras». Si viviera aún, si la lucha por llegar a lo que llegó no la hubiera agotado, fulguraría su nombre junto a los de algunos de sus contemporáneos: las Gish, Douglas (padre), Ramón Novarro... Muerta, aún se recuerdan sus creaciones en películas como «Mujeres frívolas», «El prisionero de Zenda», «La bailarina de Montmartre», aquellas películas que concretaron un ambiente especial, un modo especial de hacer películas y, por lo mismo, una época del cine.

Pero no es este aspecto el que se condensa en la obra de Arnolt Bronnen. Es la vida interna y trágica de la artista hasta llegar, hasta vencer; sus amores y sus amorfos; sus bodas y sus divorcios; sus creaciones; sus fabulosos contratos; el ambiente donde se movía; los escándalos que fueron aureolando cierta parte de su vida; las falsedades que tejieron su camino hacia el reposo final. Todo esto está descrito por Arnolt Bronnen con certeza, con realismo, con naturalidad poco frecuente. El escritor alemán ha hecho la película de la vida de Bárbara la Marr, y ha dedicado un capítulo de su obra a cada uno de los episodios más salientes de ella.

La vida de Bárbara la Marr, aunque en realidad fuese una vida matizada por el escándalo y la ambición, en la novela, según ha escrito Arnolt Bronnen, ya que no una vida ejemplar, es por lo menos tan atractiva y emocionante como para originar un libro intenso y de permanente interés.

El hombre se afana en conocer por su naturaleza misma.—ARISTOTELES.

La vida de Bárbara la Marr, aunque en realidad fuese una vida matizada por el escándalo y la ambición, en la novela, según ha escrito Arnolt Bronnen, ya que no una vida ejemplar, es por lo menos tan atractiva y emocionante como para originar un libro intenso y de permanente interés.

La vida de Bárbara la Marr, aunque en realidad fuese una vida matizada por el escándalo y la ambición, en la novela, según ha escrito Arnolt Bronnen, ya que no una vida ejemplar, es por lo menos tan atractiva y emocionante como para originar un libro intenso y de permanente interés.

USLAR PIETRI.—*Las lanzas coloradas*.—Zeus.—Madrid. 1931.

El autor de este libro, espíritu moderno e inquieto, tiene una producción muy limitada, pero escogida e interesante. Culmina en ella esta obra «Las lanzas coloradas», que según el juicio de los mejores críticos de América y Francia es un verdadero poema de la primera guerra que emprendió Bolívar: «la guerra a muerte». En ella describe el joven escritor venezolano con gran fuerza y dramatismo los caracteres, los sentimientos, el paisaje y los hombres de todo un cuadro histórico de suprema vitalidad.

Aunque la producción literaria de América no constituya en el mercado español un valor de consideración, debido a que las obras americanas que nos llegan no son más selectas del espíritu trasatlántico, de vez en cuando se nos imponen con verdadera emoción algunos libros.

Este es el caso de «Las lanzas coloradas», cuya acogida por parte de la crítica anuncia la estimación que habrá de merecer del público español.

R.



N. O.

ideas políticas

La adopción del patrón oro acarreará una crisis de gravísimas consecuencias

por JAVIER BUENO

No hay dinero en el Estado comunista; hay instrumentos de cambio. El valor de ese instrumento de cambio es el valor representativo de la producción. Su función es facilitar la adquisición de los artículos de consumo, o mejor dicho, hacer posible la distribución equitativa de la producción. El trabajo es remunerado con esos instrumentos de cambio mediante los cuales el trabajador puede procurarse según su necesidad los artículos de consumo. Son los medios de cambio, por decirlo así, vales contra mercancía; pero si estos vales contra mercancía designasen la clase de mercancía, un par de zapatos, una camisa, un pan, etc., resultaría complicación difícil de resolver. ¿Cómo haría aquel que necesitase dos pares de botas y un solo sombrero por año? De otra parte, si los instrumentos o signos de cambio no designan la mercancía, dejan plena libertad al individuo para emplearlos en los objetos de su necesidad o gusto. Los signos de cambio en el régimen comunista no están sujetos a ninguna fluctuación, ya que no se puede entender por tal la mayor o menor capacidad adquisitiva según que la producción sea también mayor o menor. El signo o instrumento de cambio no es un signo monetario que como el dinero en el régimen capitalista regula la producción. En el Estado comunista es la producción la que regula la circulación de signos o instrumentos de cambio. De esta manera, el sistema de régimen comunista nos libera de la maldición del rey Midas o tiranía del oro. El régimen capitalista no puede liberarse de esa tiranía a pesar de que está demostrado que esa tiranía es origen de graves problemas cuya gravedad presente amenaza ha de acentuarse en el futuro.

El profesor economista Casel dijo en la Comisión del oro, convocada por la Sociedad de Naciones: «La adopción del patrón oro acarreará una crisis de gravísimas consecuencias.» A esta afirmación llegaba el profesor Casel por un descubrimiento que se

expresa en un gráfico de dos solas líneas: la línea del oro y la línea de la producción. Ambas se siguen como la sombra al cuerpo, siendo el cuerpo el oro y la sombra la producción. La línea de la producción tiene oscilaciones y diríase que pugna por una libertad que le niega la otra. Pero sus esfuerzos son inútiles: la línea del oro es dominante. ¿Es posible liberar a la producción de la tiranía del oro? Sí, es posible en el régimen capitalista y, con mucha mayor razón, en el régimen comunista. En el período de 1915-1918—los años de la guerra—, la línea de la producción registra una curva de su independencia de un instante. En efecto, para la guerra el capitalismo se desentiende de las limitaciones tiránicas impuestas por el oro a la producción y ésta, libre de esa traba, se multiplica en proporciones insospechadas por todos los cálculos. Millones de hombres que, meses antes, representaban un consumo restringido, visten, comen y calzan como nunca soñaron, son provistos de armas y utensilios de coste muy elevado, manejan instrumentos que valen una fortuna cada uno. Su misión es destruir, que, en términos de economía, podemos traducir por consumir. Los campos y las fábricas entran en un período de actividad nunca conocida hasta entonces, pues se echa mano de todos los hombres válidos, las mujeres y los niños para multiplicar el rendimiento y no hay minuto de reposo. Todas las iniciativas son aprovechadas y surgen ciudades industriales allí donde meses antes pacían los rebaños. Los países que antes consumían manufactura extranjera crean sus propias industrias, no sólo para el consumo interior, sino también para abastecer a sus antiguos proveedores. Es la vorágine de la producción que alcanza cifras inconmensurables. No es la guerra la que ha hecho el «milagro»: es que el capitalismo tiene que hacer la guerra y no le es posible atemperar la producción a la cantidad de oro. Pero termina la guerra, y el oro vuelve a imponer su tiranía. Inglaterra y Estados Unidos

son los primeros en valorizar sus monedas, es decir, en dar al oro todo su poder. ¿Como que es el cetro del mundo capitalista! Les siguen Suiza, Holanda y los países escandinavos. Los demás, con signos monetarios más o menos depreciados, deben estabilizar en plazo más o menos corto, esto es, someterse a la tiranía del oro. Valorizan los que tienen reservas y quedan a merced de las fluctuaciones los que son pobres del metal amarillo. Algunos de éstos, particularmente los países vencidos en la guerra, se deslizan vertiginosamente por la pendiente de la inflación que tiene como consecuencia fatal la que se llama «sangría económica». Esos países quedan bien pronto vacíos, exhaustos, porque el oro de los otros fué una bomba aspirante. Restablecida la tiranía del oro, aparece inmediatamente en la mayoría de los Estados la deflación, con la consiguiente escasez de dinero circulante. Vuelve a su plena vigencia la ley de garantía que limita la circulación fiduciaria en billetes o en valores bancarios. Se restringe el crédito, paralizando las transacciones comerciales. Entonces, aquella producción que se había intensificado mientras se negocia la dependencia respecto del oro, no encuentra mercado y, poco a poco, se abarrotan los almacenes de las fábricas y de las explotaciones agrícolas. Los precios bajan, pero no hay compradores porque sólo el que tiene oro es consumidor. Y el oro, cuya producción decrece, no permite el lógico desenvolvimiento de la economía. Los países tesorizadores que guardan los lingotes inútiles, imposibilitan la libre expansión de la fuerza productora de la tierra y de los hombres. La rebelión de los pueblos pobres en oro es imposible porque inflación acarrea la sangría económica. Y, sin embargo, si pudieran poner en circulación medios de cambio podrían producir y consumir más. Los economistas al servicio del capitalismo aseguran que estamos en presencia de un fenómeno de superproducción. No es verdad; el fenómeno es de infraconsumo. No se puede

hablar de superproducción hasta que no estén cubiertas y satisfechas todas las necesidades de los hombres y ya hemos visto que la necesidad es infinita como infinita la idea de perfección a la que responde la necesidad. Y hoy, millones y millones de hombres sufren hambre mientras se pudren dos cosechas de trigo en Argentina, Canadá, Estados Unidos...

La cantidad de oro existente en el mundo no puede representar el valor de la producción que aumenta en progresión geométrica a pesar de las restricciones que le impone el interés capitalista. La cantidad de oro existente distribuida entre todos los Estados no bastaría a satisfacer las necesidades de circulación de medios o signos de cambio.

El signo de cambio en el Estado comunista está liberado del mito del oro, de la maldición del rey Midas. El signo es la unidad para poder establecer el valor de las cosas, pero sin ninguna relación con el oro que se convierte en una materia prima más. La cantidad de producción decidirá del número de unidades que vale cada cosa. Aquí juega la ley de la oferta y la demanda, pero sin las trabas y mixtificaciones que la deforman y violan en el régimen capitalista. Si la producción de trigo, por ejemplo, ha sido abundante, decidiremos que el kilogramo vale menor número de unidades que si la cosecha fué reducida. Y como los individuos disponen de un número de unidades, tendremos una reducción de consumo obligada en el trigo. Y es claro que el número de unidades que vale el trigo es la resultante del cálculo comparativo con dos factores: consumo y producción, sin que intervengan aquellos otros que son decisivos o influyentes en el régimen capitalista: especulación, agio, restricciones voluntarias para aumentar las ganancias del capital.

Es evidente que en el Estado comunista es posible el aumento de la circulación de signos de cambio:

a) Porque el volumen de la producción cuyo valor representa ha crecido.

b) Porque la necesidad del desarrollo de los medios de producción exige movilización de nuevas fuerzas.

Normalmente, la circulación de los signos de cambio debe seguir la línea de la producción, contrariamente a lo que sucede en el régimen capitalista. Pero también decidirá de la circulación la creación de nuevos medios de producción. Así, por ejemplo: si el Estado comunista A recurre a la corriente inmigratoria para emprender obras públicas como carreteras o ferrocarriles, pondrá en circulación signos de cambio para pago de los trabajadores recién venidos. Ciertamente, el aumento de circulación disminuye el

valor adquisitivo de la unidad de cambio, lo que representa una merma del disfrute individual en la producción, pero será de manera transitoria, ya que el aumento de riqueza que se propone vendrá a ser el valor, equivalente cuando menos, del aumento de circulación que fuera decidido antes. En este caso, como cuando procede el crecimiento de la producción, es la producción la que decide.

El volumen de circulación ha de seguir al volumen de producción porque, de lo contrario, no habría equilibrio. Con una circulación restringida de medios de cambio que no siga la línea de desarrollo de la producción, sería

preciso rectificar constante de la capacidad adquisitiva de la unidad monetaria, lo que acarrea inmediatamente la disminución del consumo. Y sólo es posible mantener los precios de los productos de consumo haciendo también y al mismo tiempo posible la mayor participación en su disfrute, aumentando la cifra de signos de cambio que cada individuo recibe por su aportación de trabajo. Hemos de explicar en otra carta cómo los signos de cambio o dinero en el Estado comunista están garantizados por el acervo de riqueza de la colectividad a la que pertenecen los medios de producción.

Las debilidades de la República

Consideramos un enorme error de transigencia de que está dando prueba el Gobierno provisional con los elementos monárquicos y reaccionarios. Dentro de pocas semanas el movimiento restaurador estará en pie. En cambio, la República se muestra sobremedera preocupada con el comunismo.

Bastará decirles a nuestros lectores que siguen funcionando organismos de la primera Dictadura, tales como el Patronato de Turismo. Nuestro asombro no ha tenido límites al enterarnos de que la Junta de Patronato ha presentado la dimisión; pero el ministro le ha rogado que siga en su puesto para que no se interrumpan los servicios. Pero ¿qué servicios? ¿Si ese organismo no es más que una orgía de sueldos! Era lo que nos faltaba por ver: que en vez de destituir inmediatamente a Sangroniz y compañía le dejen en su puesto como si se tratase de un benemérito de la Patria.

Otro botón de muestra es el siguiente suelto que *La Libertad* ha dedicado al caballero Giménez, el hombre del fascismo, con Sánchez Mazas y demás partidarios del *manganello*. El caballero Giménez tiene un enchufe en el Ministerio de Trabajo cogido durante el Gobierno Berenguer. Ahora quiere conservarlo, para lo cual retrata a Araquistain y a los ministros.

¡También será magnífico ver a los que han injuriado siempre a las izquierdas amamantados ahora en el presupuesto del Estado republicano!

Escribe *La Libertad*:

«Hace poco tiempo apareció el anuncio de un periódico preconizador del fascismo, y que respondía al título de *La Conquista del Estado*.

Para establecer la confusión conveniente a ellos, los organizadores de

ese periódico, señores Giménez Caballero y Ledesma Ramos, incluyeron en la lista de colaboradores a destacados intelectuales republicanos y aún más avanzados todavía. Pero estos señores se apresuraron a hacer saber que sus nombres habían sido utilizados sin autorización suya. En *La Libertad* hubimos de publicar algunas de esas rectificaciones. Pues bien: los nuncios del fascismo, no bien ha triunfado el régimen actual, se han sentido como tantos otros leales insospechados, poseídos de un repentino terror republicano. Y el señor Giménez Caballero, que en tiempos de Primo de Rivera era un entusiasta directorista, va por los Ministerios con el programa de impresionar películas de los nuevos ministros.

Siempre fué un hábil buceador de Ministerios ese escritor, hasta hace poco tiempo absolutista, y aun recordamos la briosa respuesta que mereció de uno de los auténticos y más señalados valores de la juventud literaria, Antonio Espina, quien venía a decir que si conforme practicaba Giménez Caballero lo moderno en literatura era ser antiliberal, él prefería escribir como Ortega y Frías.

Mucho cuidado con los espontáneos que le han salido a la República. Y que los fascistas de ayer y upetistas de anteayer no realicen de una manera tan inmediata y tan práctica la conquista del Estado.»

¡ JUSTICIA !

por JOAQUÍN ARDERÍUS

El Gobierno provisional de la República española antes que estadista tiene que ser juez. Porque si no va a parecer una cosa así como un mecánico constructor de una máquina para la fabricación de un producto cuyas materias primas son inexistentes.

Trabaja en la construcción de un Estado para el vacío, porque al Pueblo le va a ser imposible encontrarlo. Se le habrá escautado en busca de los cauces de justicia que ansía.

Los ministros republicanos deben detenerse a meditar sobre las fuerzas que los han colocado en el Poder. España, el mundo sabe las causas que las engendraron. Y el Pueblo, el gran Pueblo español, heroico y cívico como el que más de los de su tiempo, bien las proclamó en su apoteosis de victoria el día que conquistó su República: Annual, atraco del 13 de septiembre de 1923, tiranía Berenguer, asesinato de los obreros en el cortejo fúnebre del camarada, asesinatos del arquetipo humano Fermín Galán y del noble oficial García Hernández, alevosa caza de estudiantes en su docente morada, agresión a los enfermos de un hospital, y toda clase de crímenes contra el más rudimentario sentimiento del hombre. Todo lo ha hecho el hampa de la Monarquía española con su Borbón de jefe.

Hay cárceles en España. Todas tienen hombres cumpliendo condenas. Hombres que son más honrados que los de la banda borbónica y que los delitos que cometieron no pueden compararse a los que perpetraron con el Pueblo de España los lacayos del déspota apache.

¿Se puede comenzar a estructurar un Estado sobre la impunidad de tanto robo, de tanto asesinato, sobre el visco del fango que ha dejado este manantial de vileza que acabamos de secar?

Yo voy a contestar por mi parte: —¡No!

¿Qué duda hay de que es necesario construir una nueva España?

¡Claro que tenemos que construirla! Eso aunque no quisiesen los ministros de la República naciente. Pero ya veremos quién la estructura, sobre qué bases y en qué régimen.

Pero sería de una absurdidad suicida pretender comenzar a levantar el andamiaje antes de limpiar toda la inmundicia que cubre al solar hispano, sobre la que el Pueblo español, con el esfuerzo de sus estudiantes, de sus escritores, de sus obreros, de sus mujeres, de sus soldados, de sus héroes, de sus electores y de sus excelentes mártires, ha elegido su tribunal de justicia para que castigue.

Los ministros de la República que alborea en España, no son el pensamiento creador de un Pueblo libre, que deba comenzar por elaborar normas de vida. Son el sentimiento de un Pueblo esclavo que, martirizado hasta lo inverosímil, ha conseguido a costa de sacrificios ingentes volcar su tiranía para enterrarla bajo capas de tierra de leguas y leguas de espesor y que no brote nunca.

Ayer, los hombres que forman el Gobierno republicano, palpitaban en el pecho del Pueblo hechos latidos de su corazón: Indalecio Prieto, denunciando los «aferes» de Borbón; Marcelino Domingo, fustigando la inmoralidad de Borbón; Albornoz, apostrofando la fuerza alevosa de Borbón. Todos ellos eran vibración de sangre febril del Pueblo. Y Alcalá Zamora, arrancándose a jirones su librea palaciega, huía del macabro Borbón con la nariz tapada, apestado de Monarquía, y abriendo los pulmones en busca del aire de la República.

No ha sido, pues, presentando un proyecto de arquitectura social con lo que se han ganado la confianza absoluta del Pueblo. El Pueblo estaba ciego para ver proyectos de construcciones. Y, además, los hombres que ocupan el Poder no podían mostrar un proyecto congruente puesto que los hay desde católicos místicos hasta ateos y desde plutócratas hasta simpatizantes con el comunismo.

Contra la Humanidad y contra la Naturaleza se puede luchar, pero nunca vencer.—MAZZINI.

La misión del Gobierno es castigar rápidamente. Pero no abriendo procesos cuya tramitación la formen legajos que sean fuentes de merengues de «legalidad». Los merengues empachan, deleznales y casi se volatilizan a la menor presión.

Los códigos de papel, los que elevaran los sabios penalistas, deben emplearlos, los que crean en ellos, en la vida normal de los pueblos. Ahora no son esos a los códigos que hay que acudir. Es a un código de carne viva impreso con letras de espíritu. Las sentencias de una justicia inexorable están grabadas en nuestras conciencias. Díctense. El Pueblo las espera.

Todavía estamos sangrando por nuestras heridas, abiertas con armas de todas las vilezas. Y los agresores... ¡Y hasta queriendo fundirse algunos con nosotros, ansiosos de trepar a los

cargos públicos enganchándose en las broncheras que ellos nos hicieron!

Todos los días pasan bandadas de cuervos, ¡yo los he visto!, sobre la tumba del arquitecto «Fermín», vendiendo la corrupción de su carne. Y aquel Tribunal de mecanismo de crimen, con su Berenguer y su Viguri al fondo, que nos arrancó la realidad de una brújula de bien humano para hacerla ensueño de cuervos, hace su vida cotidiana. Y Alfonso «el Borbón» por Europa, haciendo muñecas grotescas que reproduce «A B C» con el pie de insulto: «Su Majestad el Rey...»

—¡Justicia!

No la pido nada más que una vez porque he hecho tal esfuerzo que he perdido la voz por algún tiempo.

No es venganza.

La venganza es tara, prejuicio de crimen, de la raza de hombres que precisamente queremos proscribir de la nueva civilización que asoma.

¡No es venganza!

Quisiéramos tener poder mágico para llamar junto a nosotros a los monstruos que con pezuña de crimen y relincho de insulto han retozado bárbaramente por encima de nuestros bolsillos, de nuestros corazones y de nuestras frentes, para transformarlos en hombres del tiempo y poderles dar un abrazo.

Pero esto no es posible, porque la naturaleza de ellos es inmutable y nuestro poder nulo.

Los pueblos necesitan ejemplaridad, pero ninguno como España. No habrá que demostrarlo, porque sería tan idiota como obstinarse en probar que el sol alumbra.

Justicia, que haciéndola se yergue la ejemplaridad para evitar posibles peligros.

Justicia es lo que le ha encomendado el Pueblo a su Gobierno provisional. Que ya ha quedado destrozada. Han dejado fugarse al Borbón.

No quiere decir esto que renunciemos a ciertos decretos de urgencia sobre la propiedad, la enseñanza, la libertad de conciencia y todo lo que dignifique nuestra condición humana. Estos deben de confundirse con los castigos y con las ejecuciones.

Y a las Cortes Constituyentes—no hablo con mis doctrinas, puesto que yo lucho y seguiré luchando por la dictadura del trabajador—a presentarse ante el Pueblo.

Si no, ¿será también otra cifra de la columna de las responsabilidades que en su día el Pueblo añadirá a la gran suma.

SIGNOS RUSOS

Desbordamiento filosófico

por JULIO ANGULO

Terminaba el artículo anterior afirmando el triunfo de la cruzada soviética contra el analfabetismo ruso, y para no invadir demasiado espacio de esta Revista dejé inconcluso el tema, ciñéndome la obligación de ampliarlo.

Socialmente considerado, el analfabeto es un ser peligroso por lo inconsciente de sus actos, por la manera ciega de conducirse en la vida, a todas horas siguiendo el instinto natural sin normas éticas, y, a la vez, por su irresponsabilidad. Como este analfabeto reside con mayoría exorbitante en las clases trabajadoras del campo, minas, fábricas, etc., cuyos hombres han de ser el estribo donde se apoye la construcción de una nueva sociedad, vemos cuán difícil es de implantar el nuevo Estado si no se elimina de sus cimientos el caudal de tierra movediza que restaría solidez a la arquitectura. En Rusia, al comenzar la revolución comunista, la proporción de analfabetos estaba cifrada en un 80 por 100, y hubieron de apelar a la fuerza los gobernantes para imponer el nuevo régimen porque no se podía esperar a conquistar el Poder con suavidad, acompañando a la idea una mayoría de adeptos, resorte que deben buscar los directores de masas. Sembrar el sistema en la inteligencia de los hombres, inyectar el germen de justicia diluido en un suero pacífico. Pero el pueblo ruso requería urgente salvación y no se podía esperar la llegada de adhesiones.

Para proceder según el método pacifista que predico, es necesario primero enfrentarse previamente con la tierra de labor, y antes de esconder la semilla labrar el surco, despojarle de hierbas nefastas; en resumen: convertir en tierra labrantía el barbecho estéril. Admitiendo lo perjudicial que es el analfabeto para la organización de un Estado con Poder legítimo, Rusia procedió a extirpar el tumor social de la incultura. Pero así como para el bien del pueblo y del Estado sano el analfabeto es planta venenosa, sin embargo a otros Poderes puede serles útil cultivar la barbarie de sus hombres; mejor dicho, no cultivarla, valerse de su ignorancia para hacer prosperar métodos inadmisibles por el hombre sensato que tiene conciencia de sus derechos.

El concepto vulgar de analfabeto cubre con su significado a todo ciudadano que no sabe leer ni escribir. (En España, el 60 por 100 de la po-

blación.) Pero en esa estantería definitiva donde se agrupan tantos hombres, cabe un 25 por 100 más que la benevolencia gramatical excluye del analfabetismo, porque no basta para librarse de esta palabra saber leer y escribir; precisa saber interpretar. En la superficie de un pueblo enfermo de incultura sería ineficaz verter el enunciado de un problema y esperar que saliese de «allí» su solución. Por eso los rusos, al considerar este error, abrieron previamente las puertas que encerraban la cultura y han hecho que su líquido purificador llegue al rincón más humilde, al estrato social aislado antes por una capa impermeable de ignorancia.

A primera vista las instituciones religiosas tienen establecida esta red de canales que, bien aprovechados, sería rico venero de cultura. Hasta en la aldea más apartada hay un representante religioso cuyo deber es hacer germinar las ideas de Cristo. Todos sabemos, sin embargo, la manera cómo se comportan la mayoría de estos elementos del Cristianismo, no sólo en los pueblos, sino en las capitales, y cómo los pulpitos sirven para propagandas políticas embozadas con el manto de la religión.

Quedábamos en que el catolicismo no es más que un sistema filosófico cuyo lema es predicar el bien, la justicia. Pero el sistema filosófico se ha desbordado, y las aguas de un río, al saltar su cauce y anegar el valle próximo, dejan de ser aguas puras y cristalinas para convertirse en sucios remansos en cuya superficie, antes diáfana, flotan luego animales muertos y troncos de árbol. Lo que primero fue sabroso alimento para las huertas colindantes que las hizo fértiles, pasa más tarde a ser nefasto encharcamiento donde la ruina alza su baluarte podrido.

La célebre «resignación cristiana» es un tópico empleado para contener los impulsos de quienes sufren por la injusticia humana; y como arma de consuelo se les ofrece un paraíso en la «otra vida» donde tendrán premio todas las amarguras. El Estado soviético, sin arrebatarse la idea religiosa del corazón humano, pues que ha implantado la libertad de cultos, procura establecer una mayor igualdad de clases. Desciende al capitalista al lugar que honradamente merece y eleva al trabajador al puesto que la justicia le tiene designado. El auxilio económico al débil no es una caridad, es un

derecho. Vienen a cuento unas palabras de Radek estampadas en el programa comunista: «Los hombres que han laborado toda su existencia para conseguir un mejoramiento de la vida de los trabajadores, han reconocido que sólo la introducción de un sistema social nuevo podrá asegurar a las clases inferiores condiciones satisfactorias de vida. Todos deben estar en las mismas condiciones materiales. Y como nosotros no podemos elevar al proletariado al rango de la burguesía, estamos obligados a hacer descender a los burgueses.» No quieren decir estas palabras de Radek que en vista de que todos no pueden ser ricos, que sean todos pobres. Se pretende hallar el justo medio que ha de establecer el equilibrio social. Quien más produzca, más ganará; pero es que un hombre apenas rinde en su jornada de trabajo el doble que otro, por eso la diferencia de salarios nunca será desigual en demasía; no habrá, por ejemplo, un minero que cobre seis pesetas de jornada, y un «señorito» propietario de esa mina que se embolse veinte mil duros anuales. El dueño del negocio podría percibir un sueldo igual al del obrero, y en las liquidaciones repartir los dividendos entre trabajadores y propietario.

Quizá no sea éste exactamente el proyecto comunista, pero es que tampoco vamos a coger íntegro un programa con defectos y virtudes. Copiemos lo bueno de otras formas de gobierno, y los vacíos llenémoslos con nuestra creación.

Se habla también de que hoy el obrero ruso trabaja mucho más que en las épocas zaristas, y esta afirmación, aunque no sea cierta, nada debiera extrañarnos, pues, como dijo recientemente Pedro de Répide, «una revolución no es un minué». El Estado soviético está sometido en la actualidad a un exceso de producción para lograr el remate de su hermoso plan quinquenal, cuyo estudio hemos de hacer en estas páginas. A propósito de semejantes ocurrencias de los enemigos de Rusia, nos dice Bujarin en un manifiesto: «Rusia acortará cada vez en mayor proporción la jornada de trabajo, una vez desaparecido el parasitismo individual. Las Ciencias y las Artes serán asequibles a todos los hombres, y adquirirán un grado de perfección imposible con los anteriores gobiernos. Entonces podrá decirse que la humanidad disfruta de una vida verdaderamente humana.»

Los que no hemos votado

por F. B.

Se equivoca Marcelino Domingo cuando afirma que de haberse rebajado la edad para intervenir en las elecciones el triunfo de la conjunción republicanosocialista hubiese sido mayor.

Los jóvenes españoles menores de veinticinco años simpatizan con el comunismo, con el sindicalismo, con el anarquismo, si acaso, y eso considerando a tales partidos más como instrumentos para lograr su independencia, que como organizaciones políticas. Con el republicanismo democrático, con el socialismo evolucionista, no.

Los que tenemos veintitrés, veinticuatro, veinte, diez y ocho años, tenemos un concepto nuevo del mundo y sabemos que sólo en un régimen basado sobre la supremacía del proletariado podemos disfrutar de la liber-

de vida en que tengamos libertad absoluta para vivir nuestras vidas, sin estados-grilletes, y queremos lograrlo por nosotros mismos, no pidiéndoselo a quien no tiene derecho a darlo ni poder para impedir que lo tomemos, y queremos lograrlo en un plazo breve, para nosotros, no para nuestros hijos ni nuestros nietos.

Para nosotros, la revolución hay que hacerla a voces, en la calle, descubriendo a todos los trabajadores el derecho a beneficiarse exclusivamente de su trabajo, y dirigiéndolos para que lo consiga; ayudándoles a derribar las trabas espirituales que les impidan hacerlo, y posibilitándoles la implantación de otra ética y otra estética. Si, como pretenden las derechas, el comunismo actúa en la sombra, dirigiendo los movimientos revolucionarios que con otro carácter se han abortado, colaborando en una revolución escalonada, con descansillos, el comunismo español no está a la altura de las circunstancias y debemos superarlo—no a la manera de «La Conquista del Estado», claro es...

No creemos, pues, que sea hora de propagandas ni de argumentaciones, sino de obrar. Las juventudes socialistas, en su mayor parte descontentas de la parsimonia del partido, los núcleos marxistas, los elementos anarcosindicalistas, las organizaciones universitarias, las agrupaciones campesinas y obreras, deben unirse para la batalla, y los intelectuales que hacemos hoy labor política por imperativo de conciencia debemos dirigir la agrupación de estos elementos. Con los que somos nos sobramos, habiendo unión para conseguir nuestro objeto.

El mayor favor que a la revolución pueden hacer los republicanos y socialistas es renunciar a dirigir una lucha para la que no están capacitados y que sería, fatalmente, política, cuando debe ser social, y entregar las riendas del movimiento a organizaciones más avanzadas y más capacitadas, ayudando a su fusión.

La Monarquía y su cortejo feudal no pueden derribarla hoy complots políticos, ni elecciones, ni nada que no sea la intervención del pueblo. Ahora bien; el pueblo sólo debe intervenir para hacer su revolución, no para ayudar un cambio de tiranos, aupando a una burguesía contra la que ha de luchar desde el día que se implante, con las fuerzas agotadas por

la lucha y con la hostilidad del capitalismo mundial que ha vinculado sus intereses al despotismo actual español.

Con el mismo esfuerzo puede lograr la implantación del régimen que todos deseamos, asestando un golpe mortal al capitalismo. España es África—por la historia, la geografía y la raza—y América—por la lengua y el espíritu. El triunfo del marxismo en España, como en Italia o Alemania, sería el del proletariado universal. La implantación del fascismo español, contra intentos aislados de rebeldes sin dirección, sería el segundo golpe grave para la revolución mundial, como el primero lo fué el sentido nacionalista dado al comunismo ruso por Stalin. La solución de la incógnita española es, pues, la de la batalla implantada entre el comunismo y el fascismo, en-

Se advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven originales ni se sostiene correspondencia que se refiera a sus escritos.

Los trabajos que constantemente recibimos y que a nuestro juicio merezcan la pena de ser publicados lo serán a medida que lo permita el espacio destinado a la colaboración no solicitada.

tad espiritual y material que necesitamos. Hemos asimilado los conceptos marxistas, y sabemos también que sólo por la fuerza podemos derribar el actual estado de cosas; sabemos que con el tinglado económico hemos de derribar el espiritual (?) que le sostiene, porque la religión, la moral, etcétera, al querer imponerse y convertirse en gendarmes del régimen han perdido todo derecho a ser respetadas, y su supervivencia constituye un peligro, y porque sus fieles lo son por lo que se esconde detrás de él, y los pocos que lo son desinteresados prefieren su desaparición a la amenaza que representa. Autoeducados contra todos por nosotros mismos, la destrucción de la familia, de la moral, etcétera, que tanto pavor causa a muchos, es para nosotros un paso en pro de nuestra liberación, porque sobre todo eso tenemos nosotros normas que implantar.

Nosotros, estudiantes, obreros, campesinos, hombres de ciencia, artistas, consideramos el actual estado de cosas como una enfermedad de la que tenemos que librarnos, y como somos los más y los más fuertes estamos decididos a hacerlo sin contemplaciones. Queremos lograr un nuevo orden

tre el mundo de ayer y el de mañana.

La frustración de la revolución española—en forma de República democrática o conservadora, de fascismo, de farsa constituyente utilizando la reserva del bloque constitucionalista, con acompañamiento de socialistas parlamentarios—sería, además, la derrota de la juventud, que si no actúa ahora se «pasará», se hará resignada, como las anteriores. El momento es, pues, supremo.

La República democrática la proclamó el pueblo madrileño el domingo, en la Puerta del Sol, y la derrotaron los guardias. El pueblo hizo todo cuanto se puede hacer «por las buenas» aguantando las cargas sin chistar; el socialismo tuvo un triunfo enorme al saber controlar el entusiasmo del público, encauzándolo pacíficamente, que no puede repetirse en otros aspectos de la lucha.

Esta solución de superación marxista es la única posible, y si fuese lanzada por una personalidad cualquiera cambiaría el curso de la historia de España. Desgraciadamente, los que pensamos «así» no hemos tenido la precaución de hacernos célebres en la política o jugando al fútbol antes de hacer periodismo...

La seguridad y la higiene del trabajo en Norteamérica

por HENRY DUBREUIL

No se puede dar una idea completa de la fábrica norteamericana sin mencionar los esfuerzos que se hacen para la prevención de los accidentes.

En todas partes donde conviene llamar la atención de los obreros sobre los riesgos que les amenazan se verá un cartel con esta inscripción: «Primero, seguridad.»

Si deben atravesar una factoría donde las grúas-puentes transportan pesadas cargas, no tienen por qué mirar hacia arriba, sino seguir unas flechas o inscripciones que les dirigen a las zonas de seguridad; y fuera de estas zonas se entiende que es peligrosa la estancia.

En algunas fábricas se entrega a los nuevos obreros un folletito con varias recomendaciones para evitar los accidentes. Todos los medios se emplean para recomendar la necesidad de precauciones: dibujos, láminas, etcétera.

Pero lo más importante son las precauciones materiales que se adoptan, más eficaces, naturalmente, que las recomendaciones, por ingeniosas que sean. En ciertos establecimientos, una parte del personal alterna para inspeccionar si las disposiciones de seguridad funcionan normalmente, mientras otras Empresas ocupan un personal especializado en esta labor, que tiene como única misión la de evitar, en lo posible, los accidentes.

Así se hace particularmente en las industrias consideradas como peligrosas, tales como las metalúrgicas. En una de éstas, la National Tube Co., cerca de Pittsburg, la eficacia de las medidas adoptadas ha sido tal que en once años ha bajado el número de accidentes graves de 1.100 a 44 por año, y todo el personal se encuentra interesado en seguir este progreso, mediante la exposición de tablas estadísticas muy impresionantes; se obtienen, además, por cada precaución adoptada casi todos los resultados apetecidos. Un servicio especial establece periódicamente la proporción de los accidentes ocurridos, bien sobre las mil horas de trabajo, bien sobre la producción calculada en número de toneladas o en su valor por fracciones de mil dólares.

Todo el personal se interesa en la marcha de esas estadísticas, y ocurre que los encargados de la dirección de un servicio son despedidos cuando el número de accidentes es importante; lo mismo puede suceder a los obreros destacados por sufrir muchos accidentes, pues se les considera inadaptables

a la labor que les ha sido encomendada.

Se trata, pues, de un movimiento creciente en pro de la seguridad del trabajo, apoyado por un esfuerzo de propaganda constante. En una Memoria relativa a esta actividad dentro de una fábrica leo que «se han celebrado reuniones por el Comité central de seguridad cada viernes, en el vestíbulo de la oficina central, además de las reuniones de seguridad en cada factoría, bajo la dirección de su respectivo jefe de servicio».

He aquí la traducción de un documento relativo a la constitución de estos Comités especiales:

«1.º Todos los Comités constituidos para la seguridad de un taller estarán compuestos de un presidente permanente, que será el jefe de taller, y de cuatro miembros temporeros. Dos de éstos serán contra maestres o maestros, y los otros dos, obreros sin ninguna función directiva.

2.º Los miembros temporeros actuarán durante cuatro meses, y serán sustituidos a razón de uno cada mes.

3.º El Comité deberá ocuparse de todas las cuestiones relativas a la seguridad del trabajo en su taller e investigará las causas de cada accidente.

4.º En caso de accidente, el contra maestro del servicio donde haya ocurrido se agregará automáticamente al Comité si no pertenece ya al mismo.

5.º En toda encuesta relativa a un accidente, el Comité deberá esforzarse

en determinar lo más exactamente posible:

a) Si el accidente ha sido motivado por culpa del herido.

b) Si ha sido por culpa de la Empresa.

c) Por responsabilidades combinadas del obrero y de la Empresa.

d) Por culpa de algún otro obrero.

e) Si ha sido por efecto de alguna causa inevitable.

f) Indicar también los medios adecuados para evitar otro accidente análogo.»

Es decir, que no se trata solamente de recomendaciones platónicas, sino de toda una serie de medidas incorporadas a la vida general de la industria, renovándose a menudo los dispositivos de seguridad cuando por alguna invención surge alguno más eficaz.

No he pasado por ningún establecimiento donde no se vea este esfuerzo, que pude estudiar con mayor detenimiento en Casa Ford, donde permanecí más tiempo.

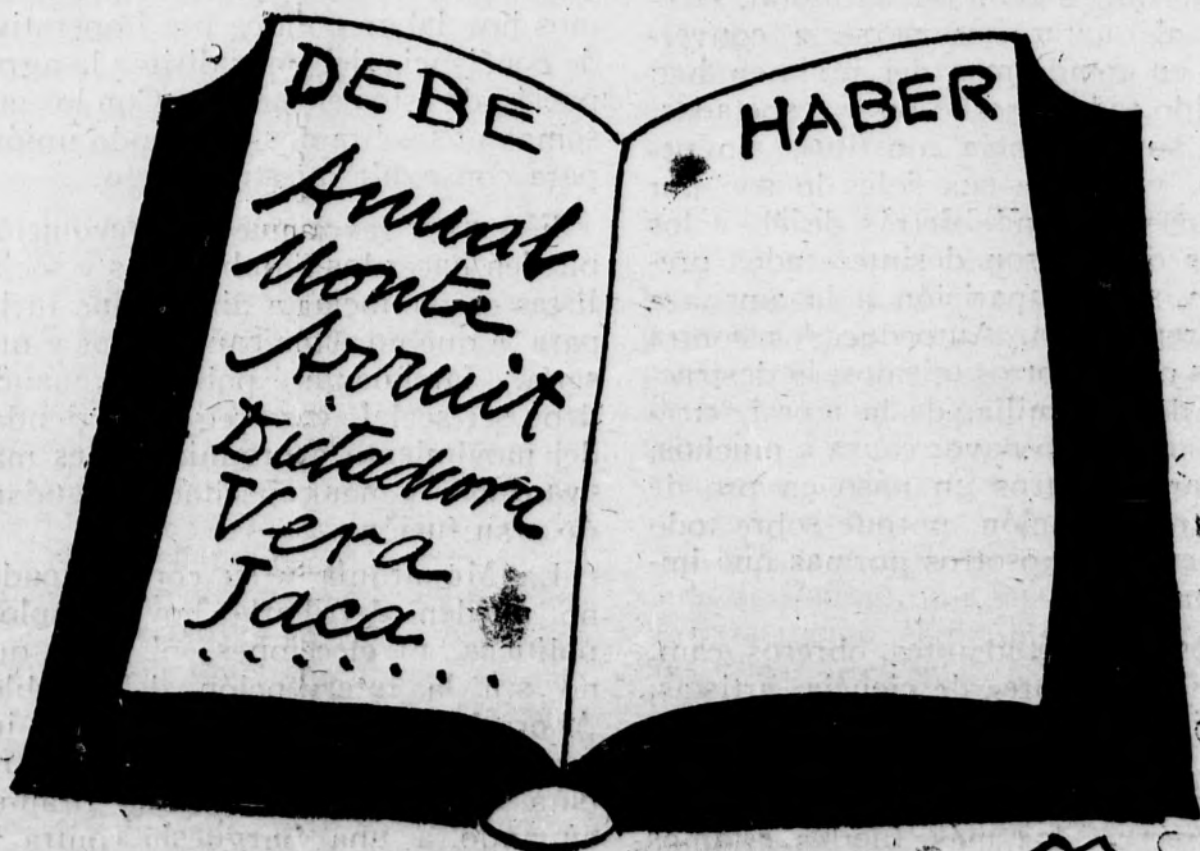
Desde mi llegada a dicha fábrica se me entregó una cartilla con la invitación a leerla y conservarla; contenía varias recomendaciones redactadas en la forma siguiente:

«Saludos.

Deseamos que su estancia entre nosotros sea prolongada y próspera y que no sufra usted ningún accidente.

Si se hiere y aparece sangre, vaya inmediatamente a la enfermería, pues pudiera sobrevenirle un envenenamiento de la sangre.

Le rogamos recoja siempre las mangas de su camisa y no use corbata, sobre todo suelta, ni tampoco utilice los guantes cuando trabaje en máquinas rotativas, tales como taladros, fresadoras, tornos, etc.



Efectos a cobrar.

Para limpiar, engrasar o reparar su máquina debe pararla, colocando en ella un cartel que diga: «Es peligroso poner en marcha.» Si trabaja con una prensa no ponga nunca sus manos entre el macho y la matriz; utilice pinzas apropiadas. Para afilar su herramienta en la muela asegúrese de que el soporte está muy próximo de aquélla.

Llame a un electricista en caso de avería en la corriente, y guárdese de tocar en ella.

Póngase los lentes siempre que ejecute algún trabajo peligroso para la vista, a causa de las materias que pueda proyectar la máquina donde trabaja.

Las herramientas usadas son peligrosas. Cámbielas por otras nuevas.

Con ningún pretexto debe pasar nunca por debajo de una carga suspendida. Obedezca las órdenes que se le den y aléjese de allí.

No mire nunca debajo de un ascensor ni de un montacargas. Haga funcionar el timbre, pero guárdese de hacer funcionar un montacargas sin autorización.

Es peligroso atravesar las vías del ferrocarril o pasar por encima de los topes de los vagones.

Está prohibido correr o jugar dentro de la fábrica.

Antes de subir a una escalera asegúrese de su solidez. Observe si está provista de ganchos de seguridad.

Toda excavación debe estar siempre asegurada.

Lleve consigo un cinturón de seguridad siempre que trabaje a cierta altura. No deje nunca un objeto en sitio alto y de forma que pueda caer sobre alguien. Guarde siempre en buen lugar los dispositivos que han de protegerle contra los accidentes.»

Sigue a esto una larga lista de herramientas que se hallan en el almacén a disposición de los obreros; se advierte también que está prohibido traer de fuera herramientas, con lo cual se correría el riesgo de hacer sospechar que habían sido sustraídas de la fábrica.

Recorriendo la fábrica de Ford, con su enormidad de vías férreas, se ven señales luminosas y timbres de alarma que avisan ante la aproximación de alguna locomotora, y en los pasos transversales hay un guardián para advertir del peligro a los distraídos.

En el interior de la fábrica, delante de los puentes-grúas rotativos para el transporte de material, va un hombre tocando un pito para advertir el peligro. Una vez, ocupado en mi trabajo, no me di cuenta de que venía hacia mí dicho puente, el cual se paró; el maestro vino a decirme que si estaba sordo.

Como alrededor de la fábrica la cir-

culación de automóviles es intensa, durante la salida de los obreros hay vigilantes, día y noche, que les obligan a utilizar pasajes subterráneos o puentes que conducen a los tranvías y autobuses.

Observé también que en las escaleras de hierro situadas en la parte exterior de las chimeneas hay unos aros de hierro que protegen por la espalda al hombre que haya de subir, a fin de que no se caiga hacia atrás si sus manos fallaran.

Entre los dispositivos de prevención más curiosos figura el que observé en las grandes máquinas embudadoras. Dos obreros, uno en cada lado de la máquina, colocan las planchas de hierro; como no pueden verse ni hablarse, existe el peligro, si la máquina es accionada por uno solo, de apresar las manos del otro; para evitar esto se han dispuesto unos botones eléctricos propulsores, dos en cada lado, de suerte que la máquina no puede funcionar si no es por la voluntad de los dos obreros.

Se pretende que Ford tiene una verdadera pasión por la limpieza, y se dice que día y noche se barre, se lava y se pintan las paredes y el techo de sus fábricas, aunque no sea indispensable, del mismo modo que el engrasador no tenía en cuenta si la máquina tenía ya lubricante suficiente, pues le habían dado orden de engrasar y lo hacía sin preocuparse de más.

Así, por ejemplo, las mesas de trabajo se pintan y repintan a veces sin necesidad, y como se hace durante las horas de trabajo, la pintura iba a parar a nuestra ropa.

Como trabajé allí durante el invierno, pude apreciar la importancia de la calefacción, tan eficaz, que, estando el termómetro a 20 grados bajo cero en la calle, trabajábamos en mangas de camisa, con paravientos en las puertas lo suficientemente grandes para dar paso a un camión y preservar a los obreros de la inclemencia de la temperatura. Nunca había visto una instalación semejante. Los radiadores se hallan suspendidos a tres o cuatro metros, en apretada hilera de tubos que forman un gran cubo de caños. Dicho cubo, encerrado en una caja de plancha de hierro, está abierto por ambas extremidades, y un potente ventilador hace pasar el aire de la fábrica por esa caja para calentarlo. En realidad, a veces hasta teníamos exceso de calor.

Hay otro detalle que no puedo dejar de mencionar aquí: es el que se refiere a los retretes, o *toilets*, como se dice en Norteamérica.

Cuantos han visitado aquel país saben que los retretes públicos no existen en forma de cabinas, detrás de cuya puerta puede uno aislarse tran-

quilamente para que nadie vea sus muecas; allí se hallan separados simplemente por un tabique abierto; pero en las fábricas no existe ni siquiera este tabique, y se ven los asientos alineados unos frente a otros, como si sus ocupantes asistieran a un concilio secreto. Desde luego, todo se halla extremadamente limpio y confortable. Los asientos, por medio de un dispositivo automático, hacen funcionar, al levantarse el ocupante, la salida de agua.

No debo olvidar que en todos los sitios se encuentra el rodillo de papel higiénico, que nuestros patronos considerarían un lujo insoportable si se les pidiera.

Como en otras muchas fábricas, los lavabos están allí provistos de agua caliente y fría, y en algunos se dispone de una canalización de jabón líquido; cada día se renuevan también las toallas para secarse las manos.

En general, pues, excelentes condiciones de higiene, excepto para el *lunch*. Como se trabajan ocho horas seguidas, se disfruta de un intervalo de veinte minutos para una ligera comida que se consume en cualquier sitio, donde le coge a uno la señal de parada, y en veinte minutos no hay tiempo para lavarse las manos, lo cual tiene sus inconvenientes. A la hora del *lunch*, unos carromatos conducidos por tractores ponen a disposición de los obreros pan, café, leche, bocadillos y pastas por un precio inferior al de las tiendas (1).

Puedo añadir ahora que, habiéndome herido en la cabeza al pasar por inadvertencia debajo de un taladro, tuve ocasión de visitar la enfermería. Primero vi en la mesa del contra-maestre unas tarjetas en las cuales se marca sólo el número del obrero accidentado y la hora del accidente. Curado en la enfermería, instalada en las mejores condiciones de higiene y provista de todo el material científico más moderno, el enfermero de servicio apuntó en la tarjeta la hora de mi vuelta al taller. Poco más tarde, habiéndome sentido indispuerto como consecuencia de la herida, bastante profunda, que me había hecho en la cabeza, volví a la enfermería con otra tarjeta nueva; el médico advirtió un poco de fiebre y me dió orden de retirarme a casa; me hizo esta pregunta: «¿Cómo regresará a su casa? ¿Tiene usted automóvil?»

Tomé nota de este interrogatorio, hecho en el tono más llano y natural; al indicarle yo que no tenía coche, dió orden al enfermero de envolverme en una manta y conducirme a mi domicilio en un auto de la fábrica.

(1) Este sistema se aplica generalmente en toda Norteamérica. Tiene sus inconvenientes cuando no se dispone de sitio a propósito para comer; mas tiene la gran ventaja de reducir el tiempo de trabajo, pudiendo el obrero abandonar éste más temprano, cosa que estiman mucho los obreros allí, sobre todo en verano.

La mujer nueva y la moral sexual

por ALEJANDRA KOLONTAY

Del libro que con este título acaba de publicar la Editorial Hoy recogemos este interesantísimo ensayo:

«Entre los múltiples problemas que perturban la inteligencia y el corazón de la Humanidad, ocupa indiscutiblemente uno de los primeros puestos el problema sexual. No hay una sola nación, un solo pueblo en el que la cuestión de las relaciones entre los sexos no adquiriera de día en día un carácter más violento y doloroso. La Humanidad contemporánea atraviesa por una crisis sexual aguda en la forma; una crisis que se prolonga y que, por tanto, es mucho más grave y más difícil de resolver.

En todo el curso de la historia de la Humanidad no encontraremos seguramente otra época en la que los problemas sexuales hayan ocupado en la vida de la sociedad un lugar tan importante, otra época en la que las relaciones sexuales hayan acaparado, como por arte de magia, las miradas atormentadas de millones de hombres. En nuestra época, más que en ninguna otra de la Historia, los dramas sexuales constituyen fuente inagotable de inspiración para los artistas de todos los géneros del Arte.

Como la terrible crisis sexual se prolonga, su carácter crónico adquiere mayor gravedad y más insoluble nos parece la situación presente. Por esto la Humanidad contemporánea se arroja anhelante sobre todos los medios que hacen entrever una posible solución del problema «maldito». Pero a cada nueva tentativa de solución, se complica más el enmarañado complejo de las relaciones entre los sexos, y parece como si fuera imposible descubrir el único hilo que nos ha de servir para desenredar el complicado nudo. La Humanidad, atemorizada, se precipita desde un extremo al otro; pero el círculo mágico de la cuestión sexual permanece cerrado tan herméticamente como antes.

Los elementos conservadores de la sociedad llegan a la conclusión de que es imprescindible volver a los felices tiempos pasados, restablecer las viejas costumbres familiares, dar nuevo impulso a las normas tradicionales de la moral sexual. «Es preciso destruir todas las prohibiciones hipócritas prescritas por el código de la moral sexual corriente. Ha llegado el momento de arrojar a un lado ese vejatorio inútil e incómodo... La conciencia individual, la voluntad individual de cada ser es el único legislador en

una cuestión de carácter tan íntimo», se oye afirmar entre las filas del campo individualista burgués. «La solución de los problemas sexuales sólo podrá hallarse con el establecimiento de un orden social y económico nuevo, con una transformación fundamental de nuestra sociedad actual», afirman los socialistas. Pero precisamente este esperar en el mañana, ¿no indica también que nosotros tampoco hemos logrado apoderarnos del hilo conductor?

El camino que debemos seguir en esta investigación nos lo ofrece la historia misma de las sociedades humanas; nos lo ofrece la historia de la

lucha ininterrumpida de las clases y de los diversos grupos sociales, opuestos por sus intereses y sus tendencias.

No es la primera vez que la Humanidad atraviesa un período de crisis sexual aguda. No es la primera vez que las al parecer firmes y claras prescripciones de la moral al uso, en el dominio de la unión sexual, han sido destruidas por el aflujo de la corriente de nuevos ideales sociales. La Humanidad ha pasado por una época de crisis sexual verdaderamente aguda durante los períodos del Renacimiento y la Reforma, en el momento en que un formidable desplazamiento social relegaba a un segundo tér-

mino la aristocracia feudal, orgullosa de su nobleza, acostumbrada a dominar sin limitación, y en su lugar se asentaba una nueva fuerza social, la burguesía ascendente, que crecía y se desarrollaba cada vez con mayor impulso y poder. El código de la moral sexual del mundo feudal, nacido en el seno de la sociedad aristocrática, con un sistema de economía comunal y basado en principios autoritarios de castas, devoraba la voluntad individual de los miembros de esa sociedad que intentaban permanecer aislados; el viejo código moral chocaba con el nuevo código moral de principios opuestos que imponía la clase burguesa en formación. La moral sexual de la nueva burguesía estaba basada en principios radicalmente opuestos a los principios morales más esenciales del código feudal. Para sustituir el principio de castas, aparecía una severa *individualización*: los límites cerrados de la pequeña familia burguesa. El factor de «colaboración» esencial en la sociedad feudal, característico de su economía comunal tanto como de la economía regional, era reemplazado por el principio de la *concurrencia*. Los últimos vestigios de ideas comunales propias de los diversos grados de todas las evoluciones de la vida de castas fueron barridos por el principio triunfante de la *propiedad* privada individualizada, aislada. La Humanidad, perdida durante el proceso de transición, titubeó durante varios siglos entre los dos códigos sexuales de espíritu tan diverso, ansiosa de adaptarse a la situación, hasta el momento en que el laboratorio de la vida transformó las normas viejas en un molde nuevo y logró, cuando menos, una armonía en la forma, una solución en cuanto al aspecto externo.

Pero durante esta época de transición, tan viva y llena de colorido, la crisis sexual, a pesar de revestir un carácter de gravedad, no se presentó en una forma tan grave y amenazadora como en nuestros tiempos. Esto fué debido a que durante los gloriosos días del Renacimiento, durante aquel nuevo siglo iluminado por los rayos brillantes de una nueva cultura espiritual que tenía de vivos colores la vida pobre de contenido del agonizante mundo de la Edad Media, la crisis sexual sólo la experimentó una parte relativamente reducida de la sociedad. La capa social más considerable de la época, desde el punto de vista cuantitativo, los campesinos, no sufrió las consecuencias de la crisis

sexual más que de una manera indirecta, cuando, por lento proceso secular, se transformaban las bases económicas en que estaba fundada esta clase social, es decir, únicamente en la medida en que evolucionaban las relaciones económicas. Las dos tendencias opuestas luchaban en las capas superiores de la sociedad.

Allí era donde se enfrentaban los ideales y las normas de dos concepciones diversas de la sociedad; y allí era donde precisamente la crisis sexual, cada vez más grave y amenazadora, se apoderaba de sus víctimas.

Los campesiones, rebeldes a toda innovación, clase apegada a sus principios, continuaba apoyándose en las viejas columnas de las tradiciones ancestrales, y no se transformaba, no dulcificaba ni adaptaba a las nuevas condiciones de su vida económica el código inmovible de la moral sexual tradicional más que bajo la presión de una gran necesidad. La crisis sexual durante la época de lucha aguda entre el mundo burgués naciente y el mundo feudal, no afectó a la «clase tributaria». Es más: al desplomarse en las cumbres de los viejos muros se aferraban a la clase campesina con mayor fuerza sus ancestrales tradiciones. A pesar de todas las tempestades que se desencadenaban sobre su cabeza, que conmovían hasta el suelo que pisaba, la clase campesina en general, y particularmente los campesinos rusos, lograron conservar durante siglos y siglos, en su forma primitiva, los principios esenciales de su código moral sexual.

El problema de nuestra época presenta un aspecto totalmente distinto. La crisis sexual de nuestra época no perdona siquiera a la clase campesina. Como una enfermedad infecciosa, no reconoce «ni grados ni rangos», contamina los palacios y las aldeas y los barrios obreros donde viven amontonados miles de seres; entra en los apacibles hogares burgueses, se abre camino hasta la miserable y solitaria aldea rusa, elige sus víctimas lo mismo entre los habitantes de la ciudad provinciana burguesa de Europa que en los húmedos sótanos donde se hacina la familia obrera y en la choza ahumada del campesino. Para la crisis sexual no hay «obstáculos ni cerrojos». Es un profundo error creer que la crisis sexual sólo alcanza a los representantes de las clases que tienen una posición económica materialmente asegurada. La indefinida inquietud de la crisis sexual franquea cada vez con

mayor frecuencia el umbral de las habitaciones obreras, y causa allí tristes dramas que por su intensidad dolorosa no tienen nada que envidiar a los conflictos psicológicos del «exquisito» mundo burgués. Pero precisamente porque la crisis sexual no ataca sólo a los intereses de «dos que todo lo poseen», precisamente porque estos problemas sexuales afectan también a una clase social tan extensa como el proletariado de nuestros tiempos, es incomprensible e imperdonable que esta cuestión vital, esencialmente violenta y trágica, sea considerada con tanta indiferencia. Entre las múltiples consignas fundamentales que la clase obrera debe tener en cuenta en su lucha para la conquista de la sociedad futura, tiene que incluirse necesariamente la de establecer relaciones sexuales más sanas y que, por tanto, hagan más feliz a la Humanidad.

Es imperdonable nuestra actitud de indiferencia ante una de las tareas esenciales de la clase obrera. Es inexplicable e injustificable que el vital problema sexual se relegue hipócritamente al casillero de las cuestiones «puramente privadas». ¿Por qué negamos a este problema el auxilio de la energía y de la atención de la colectividad? Las relaciones entre los sexos y la elaboración de un código sexual que rijan estas relaciones aparecen en la historia de la Humanidad, de una manera invariable, como uno de los factores esenciales de la lucha social. Nada más cierto que la influencia fundamental y decisiva de las relaciones sexuales de un grupo social determinado en el resultado de la lucha de esta clase con otra de encontrados intereses.

El drama de la Humanidad actual es tan desesperado porque mientras ante nuestros ojos vemos cómo quedan destruidas las formas corrientes de unión sexual y cómo son desechados los principios que las regían, desde las capas más bajas de la sociedad se alzan frescos aromas desconocidos que nos hacen concebir esperanzas risueñas sobre una nueva forma de vida, y llenan el alma humana con la nostalgia de ideales futuros, pero cuya realización no parece posible. Nosotros, los hombres de un siglo caracterizado por el dominio de la propiedad capitalista, de un siglo rebosante de agudas contradicciones de clase; nosotros, los hombres imbuidos de moral individualista, vivimos y pensamos bajo el funesto signo de un invencible aislamiento moral. La



terrible soledad que el hombre siente en las inmensas ciudades populosas, en las ciudades modernas tan bulliciosas y tentadoras; la soledad, que no disipa la compañía de amigos y compañeros, es la que empuja al hombre a buscar, con avidez malsana, a su ilusoria «alma gemela» en un ser del sexo contrario, puesto que sólo el amor posee el mágico poder de ahuyentar, aunque sólo sea momentáneamente, las tinieblas de la soledad.

En ninguna otra época de la Historia han sentido los hombres con tanta intensidad como en la nuestra la soledad moral. Necesariamente tiene que ser así. La noche es mucho más impenetrable cuando a lo lejos vemos brillar una luz. Los hombres individualistas de nuestra época, unidos por débiles lazos a la comunidad o a otras individualidades, ven ya brillar en la lejanía una nueva luz: la transformación de las relaciones sexuales mediante la sustitución del ciego factor fisiológico por el nuevo

El escritor público debe dejar a un lado toda consideración y no obedecer más que a la voz de su conciencia. Si no se siente fuerte para luchar, debe romper su pluma antes que escribir una sola palabra contra sus convicciones.

—Revolución y pasado se excluyen.—
PI Y MARGALL.

factor creador de la solidaridad, de la camaradería.

La moral de la propiedad individualista de nuestros tiempos empieza a ahogar a los hombres. El hombre contemporáneo no se contenta criticando las relaciones entre los sexos, negando las formas exteriores prescritas por el código de la moral corriente. Su alma anhela la renovación de la esencia misma de las relaciones sexuales, desea ardientemente encontrar el «amor verdadero», esa gran fuerza confortadora y creadora que es la única que puede ahuyentar el frío fantasma de la soledad que padecen los individualistas contemporáneos. Si es cierto que la crisis sexual está condicionada en sus tres cuartas partes por relaciones externas de carácter económicosocial, no es menos cierto que la otra cuarta parte de su intensidad es debida a nuestra refinada psicología individualista, que con tanto cuidado ha cultivado la dominante ideología burguesa. La Humanidad contemporánea, como dice acertadamente la escritora alemana Meisel-Hess, es muy pobre en «potencial de amor». Cada uno de los sexos busca al otro con la única es-

peranza de lograr la mayor satisfacción posible de placeres espirituales y físicos *para sí, utilizando como medio al otro*. El amante o el novio no piensa para nada en los sentimientos, en la labor psicológica que se efectúa en el alma de la mujer amada.

Quizá no haya ninguna otra relación humana como las relaciones entre los sexos en la que se manifieste con tanta intensidad el individualismo grosero que caracteriza nuestra época. Absurdamente se imagina el hombre que para escapar de la soledad moral que le rodea le basta con amar, con exigir sus derechos sobre otra alma. Unicamente así espera obtener esa rara dicha: la armonía de la afinidad moral y la comprensión entre dos seres. Nosotros, los individualistas, dotados de un alma que se ha hecho grosera por el constante culto de nuestro «yo», creemos todavía que podemos conquistar sin ningún sacrificio la mayor de las dichas humanas, el «amor verdadero», no sólo para nosotros, sino también para nuestros semejantes. Creemos lograr esto sin dar, en cambio, los tesoros de nuestra propia alma.

Pretendemos conquistar la totalidad del alma del ser amado, pero, en cambio, somos incapaces de respetar la fórmula de amor más sencilla: acercarnos al alma de otro dispuestos a guardarle todo género de consideraciones. Esta sencilla fórmula nos será únicamente inculcada por las nuevas relaciones entre los sexos, relaciones que ya han comenzado a manifestarse y que están basadas en dos principios nuevos también: libertad absoluta, por un lado, e igualdad y verdadera solidaridad como entre compañeros, por otro. Sin embargo, por el momento, la Humanidad tiene que sufrir todavía el frío de la soledad moral, y no le queda más remedio que soñar con una época mejor en la que todas las relaciones humanas se caractericen por sentimientos de solidaridad, que podrán ser posibles a causa de las nuevas condiciones de la existencia. La crisis sexual es insoluble sin una transformación fundamental de la psicología humana; la crisis sexual sólo puede ser vencida por la acumulación de «potencial de amor». Pero esta transformación psíquica depende en absoluto de la reorganización fundamental de nuestras relaciones económicas sobre una base comunista. Si rechazamos esta «vieja verdad», el problema sexual no tiene solución.

A pesar de todas las formas de unión sexual que ensaya la Humanidad presente, la crisis sexual no se resuelve en ningún sitio. No se han conocido en ninguna época de la Historia tantas formas diversas de unión entre los sexos. Matrimonio indisolu-

ble, con una familia firmemente constituida, y a su lado la unión libre pasajera; el adulterio conservado en el mayor secreto, al lado del matrimonio y de la vida en común de una muchacha soltera con su amante; el matrimonio «por detrás de la iglesia», el matrimonio de dos y el matrimonio «triángulo», e incluso hasta la forma complicada del «matrimonio de cuatro», sin contar las múltiples variantes de la prostitución. Al lado de estas formas de unión, entre los campesinos y la pequeña burguesía encontramos vestigios de las viejas costumbres de casta, mezclados con los principios en descomposición de la familia burguesa e individualista: la vergüenza del adulterio, la vida marital entre el suegro y la nuera y la libertad absoluta para la joven soltera. Siempre la misma «moral doble». Las formas actuales de unión entre los sexos son contradictorias y embrolladas, de tal modo, que uno se ve obligado a interrogarse cómo es posible que el hombre que ha conservado

Al constituirse el actual Gobierno, dijo:

«Es propósito decidido del Gobierno proceder rápidamente a la renovación total de Ayuntamientos y Diputaciones, eligiendo íntegramente las Corporaciones municipales y provinciales por sufragio universal con arreglo a las leyes orgánicas anteriores a los Estatutos.»

en su alma la fe en la firmeza de los principios morales pueda continuar admitiendo estas contradicciones y salvar estos criterios morales irreconciliables, que necesariamente se destruyen el uno al otro. Tampoco resuelve la cuestión la justificación que se oye corrientemente: «Yo vivo conforme a los principios de una moral nueva», puesto que esta «moral nueva» se encuentra todavía en proceso de formación. Precisamente la labor a realizar consiste en hacer que surja esta nueva moral; hay que extraer de entre el caos de las normas sexuales contradictorias de nuestra época las premisas de los principios que corresponden al espíritu de la clase revolucionaria ascendente.

Además del extremado individualismo, defecto fundamental de la psicología de la época actual, de un ego-centrismo erigido en culto, la crisis sexual se agrava mucho más con otros dos factores de la psicología contemporánea: la idea del derecho de *propiedad* de un ser sobre el otro y el prejuicio secular de la desigualdad entre los sexos en todas las esferas de la vida.

La idea de la *propiedad* inviola-

ble del esposo ha sido cultivada con todo esmero por el código moral de la clase burguesa, con su ideal de familia individualista encerrada en sí misma, construida totalmente sobre las bases de la propiedad privada. La burguesía ha logrado a la perfección la inoculación de esta idea en la psicología humana. El concepto de propiedad dentro del matrimonio va hoy día mucho más allá que el concepto de la propiedad en las relaciones sexuales del código aristocrático. En el curso del largo período histórico que transcurrió bajo el signo del principio de casta, la idea de la posesión de la mujer por el marido (la mujer carecía de derechos de propiedad sobre el marido) no se extendía más allá de la posesión física. La esposa estaba obligada a guardar al marido fidelidad física; pero su alma le pertenecía en absoluto.

Los caballeros de la Edad Media llegaban incluso a reconocer a sus esposas el derecho a tener adoradores platónicos y a recibir el testimonio de esta adoración de caballeros y menestrales. El ideal de la posesión absoluta, de la posesión no sólo del «yo» físico, sino también del «yo» espiritual por parte del esposo, el ideal que admite una reivindicación de derechos de propiedad sobre el mundo espiritual y moral del ser amado es un ideal que se ha formado totalmente y que ha sido cultivado igualmente por la burguesía con el fin de reforzar los fundamentos de la familia, para asegurarse su estabilidad y su fuerza durante el período de lucha para la conquista de su predominio social. Este ideal no sólo lo hemos aceptado como herencia, sino que llegamos incluso a pretender que sea considerado «como un imperativo» moral indestructible. La idea de la propiedad se extiende mucho más allá del matrimonio legal. Es un factor inevitable que penetra hasta en la unión amorosa más «libre». Los amantes de nuestra época, a pesar de su respeto «teórico» por la libertad, sólo se satisfacen con la conciencia de la fidelidad psicológica de la persona amada. Con el fin de ahuyentar de nosotros el fantasma amenazador de la soledad, penetramos de una manera violenta en el alma del ser «amado», con una crueldad y una falta de delicadeza que será incomprendible a la Humanidad futura; de la misma manera pretendemos hacer valer nuestros derechos sobre su «yo» espiritual más íntimo. El amante contemporáneo está dispuesto a perdonar más fácilmente al ser querido una infidelidad física que una infidelidad moral, y pretende que le pertenece cada partícula del alma de la persona amada, que se extienda más allá de los límites de su unión libre. Considera todo esto como un despilfarro,

como un robo imperdonable de tesoros que le pertenecían exclusivamente y, por tanto, como un despojo cometido a sus expensas.

El mismo origen tiene la absurda indelicadeza que cometen constantemente dos amantes con respecto a una tercera persona. Todos hemos tenido ocasión de observar un hecho curioso que se repite continuamente. Dos amantes que apenas han tenido tiempo de conocerse en sus relaciones mutuas se apresuran a establecer sus derechos sobre las relaciones personales anteriores del otro y a intervenir en lo más sagrado y más íntimo de su vida. Dos seres que ayer eran extraños el uno al otro, hoy, únicamente porque les unen sensaciones eróticas comunes, se apresuran a poner la

Por el pensamiento vive el hombre, por el pensamiento se desarrollan a la vez él y su raza. Un pensamiento precede a cada acto de su voluntad; y el trabajo, aun el más material, no es sino la aplicación del mismo pensamiento. Si os oponéis, pues, a su libre emisión, os oponéis también al desenvolvimiento de la especie, os oponéis a la marcha progresiva del trabajo.—F. PI Y MARGALL.

mano sobre el alma del otro, a disponer del alma desconocida y misteriosa sobre la cual ha grabado el pasado imágenes imborrables y a instalarse en su interior como si estuvieran en su propia casa. Esta idea de la posesión recíproca de una pareja amorosa extiende su dominio de tal forma que casi no nos sorprende un hecho tan anormal como el siguiente: Dos recién casados vivían hasta ayer cada uno su propia vida; al día siguiente de su unión cada uno de ellos abre sin el menor escrúpulo la correspondencia del otro, v. consiguientemente, el contenido de la carta procedente de una tercera persona que sólo tiene relación con uno de los esposos, se convierte en propiedad común. Una «intimidad» de este género no puede adquirirse más que como resultado de una verdadera unión entre las almas en el curso de una larga vida común de amistad puesta a prueba. Lo que ocurre en general es que a esta intimidad se le busca un substitutivo legítimo, que tiene por base la idea, totalmente equivocada, de que la intimidad física entre dos seres es una razón suficiente para extender el derecho de propiedad sobre el ser moral de la persona amada.

El segundo factor que deforma la mentalidad del hombre contemporáneo y que es causa de que la crisis

sexual se agudice, es la idea de desigualdad entre los sexos, desigualdad de derechos y desigualdad en la valoración de sus sensaciones psicofisiológicas. La «moral doble», característica del código burgués y del código aristocrático, ha envenenado durante tantos siglos la psicología de hombres y mujeres, que todavía es mucho más difícil librarse de su penetrante ponzoña que de las ideas tocantes a la propiedad de un esposo sobre el otro, heredadas de la ideología burguesa. La concepción de desigualdad entre los sexos, hasta en el dominio psicofisiológico, obliga a aplicar constantemente medidas diversas para actos idénticos, según el sexo que los haya realizado. Un hombre de «ideas avanzadas» del campo burgués que haya sabido desde hace tiempo superar las prescripciones del código de la moral en uso, será incapaz de sustraerse a la influencia del medio ambiente y emitirá un juicio completamente distinto, según se trate de un hombre o de una mujer. Bastará un ejemplo vulgar: Imaginemos que un intelectual burgués, un hombre de ciencia, un político, un hombre de actividades sociales, en una palabra, «una personalidad», se enamora de su cocinera (hecho que, además, se da con bastante frecuencia) y llega, incluso, a casarse con ella. ¿Modificará la sociedad burguesa por este hecho su conducta con respecto a la «personalidad» de este hombre? ¿Pondrá acaso en cuestión su «personalidad»? ¿Dudará de sus cualidades morales? Naturalmente, no. Ahora pongamos otro ejemplo: Una mujer perteneciente a la sociedad burguesa, una mujer respetada, considerada, una profesora, médica o escritora; una mujer, en suma, con «personalidad», se enamora de un criado y colma el «escándalo» consolidando esta unión con un matrimonio legal. ¿Cuál será la actitud de la sociedad burguesa respecto a esta persona hasta ahora respetada? La sociedad, naturalmente, la mortificará con su «desprecio». Pero todavía será mucho más terrible si su marido, el criado, posee una bella fisonomía u otros atractivos de carácter físico. Nuestra hipócrita sociedad burguesa juzgará su elección de la forma siguiente: «¿Hasta dónde ha descendido esta mujer!»

La sociedad burguesa no puede perdonar a la mujer que se atreve a dar a la elección del hombre amado un carácter demasiado individual. En esta cuestión se revela siempre nuestro atavismo. Según la tradición heredada de costumbres de casta, nuestra sociedad pretende todavía que la mujer continúe teniendo en cuenta, en el momento de entregar su corazón, una serie de consideraciones de grados y rangos sociales, que tenga en conside-

deración el medio familiar y los intereses de la familia. La sociedad burguesa no puede considerar a la mujer independiente de la célula familiar; le es completamente imposible apreciarla como una personalidad fuera del círculo estrecho de las virtudes y deberes familiares.

La sociedad contemporánea va mucho más lejos que el orden antiguo en la tutela que ejerce sobre la mujer. No sólo le prescribe casarse únicamente con hombres «dignos» de ella, sino que le prohíbe incluso que llegue a amar a un ser que es su «inferior». Estamos acostumbrados a ver cómo hombres de un nivel moral e intelectual muy elevado eligen para compañera de la vida a una mujer insignificante y vacua, sin ningún valor al lado del valor del esposo. Apreciamos este hecho como completamente normal y, por tanto, no merece siquiera nuestra consideración. Todo lo más que puede suceder es que los amigos «se lamenten de que Ivan Ivanitch se haya casado con una mu-

jer insoportable». El caso varía si se trata de una mujer. Entonces nuestra indignación no tiene límites, y la expresamos con frases como la siguiente: «¿Cómo es posible que una mujer tan inteligente como María Petrovna pueda amar a una nulidad así!... Tendremos que poner en duda su inteligencia...»

¿A qué obedece esta manera diferente de juzgar las cosas? ¿Qué causa determina una apreciación tan contraria? Esta diversidad de criterio no tiene otro origen que la idea de la desigualdad entre los sexos, idea que ha sido inoculada a la Humanidad durante siglos y siglos y que ha acabado por apoderarse de nuestra mentalidad de una manera orgánica. Estamos acostumbrados a valorar a la mujer, no como una personalidad, con cualidades y defectos individuales, independientes de sus sensaciones psicofisiológicas. Para nosotros la mujer no tiene valor más que como *accesorio* del hombre. El hombre, marido o amante, proyecta sobre la mujer su

luz; es él, y no ella misma, a quien tomamos en consideración como el verdadero elemento determinante de la estructura espiritual y moral de la mujer. En cambio, cuando valorizamos la personalidad del hombre hacemos por anticipado una total abstracción de sus actos con relación a las relaciones sexuales.

La personalidad de la mujer, por el contrario, se valoriza en relación directa con su vida sexual. Este modo de apreciar el valor de una personalidad femenina se deriva del papel que ha representado la mujer durante tantos siglos. La revisión de valores en este dominio esencial sólo se hace, o por mejor decir, se *indica*, de un modo gradual. La atenuación de estas falsas e hipócritas concepciones sólo podrá realizarse con la transformación del papel económico de la mujer en la sociedad, con su entrada en las filas del trabajo independiente.

Los tres factores fundamentales que deforman nuestra psicología son los siguientes: un egocentrismo extremado, la idea del derecho de *propiedad* de los esposos entre sí, y el concepto de la desigualdad entre los sexos en el aspecto psicofisiológico. Estos tres factores son los que cierran el camino que conduce a la solución del problema sexual. La Humanidad no encontrará solución a este problema hasta que no haya acumulado en su psicología suficientes reservas de sensaciones depuradas, hasta que no se haya enseñoreado de su alma el «potencial de amor», hasta que el concepto de la libertad en el matrimonio y en la unión libre no sea un hecho consolidado, en suma, hasta que el principio de camaradería no haya triunfado de los conceptos tradicionales de desigualdad y de subordinación en las relaciones entre los sexos. Sin una reconstrucción total y fundamental de nuestra psicología es insoluble el problema sexual.

¿Pero no será esta condición previa una utopía desprovista de base, utopía en la que basan sus consignas ingenuas los idealistas soñadores? Intentemos aumentar el «potencial de amor» de la Humanidad. ¿Acaso los sabios de todos los pueblos, desde Buda y Confucio hasta Cristo, no se han entregado desde tiempos remotos a esta tarea?

Sin embargo, ¿hay alguien que crea que el «potencial de amor» ha aumentado en la Humanidad? Reducir la cuestión de la crisis sexual a utopías de esta clase, por muy bien intencionadas que sean, ¿no significará prácticamente un reconocimiento de impotencia y un renunciamento a buscar la solución anhelada?

(Continuará.)

CHARLOT EN ESPAÑA, por Maside



Bienaventurados los limpios de corazón.

Dos personajes y un fantasma

por ISAAC PACHECO

(Continuación)

CUADRO CUARTO

(Dos reservados contiguos en la taberna de los filósofos. Amplio ventanal en cada uno de ellos que dan al torrente. Se oye el rumor del agua que cae sobre las peñas. Una espesa niebla envuelve el espacio. En el reservado de la derecha y sentada junto al ventanal permanece ELLA. En sus gestos y actitudes exterioriza su angustia.)

(En el reservado de la izquierda aparece LA ACTRIZ echada en el suelo, completamente rígida. EL, de rodillas ante la actriz, y el BODEGUERO, en pie, observa a ambos, fijando de cuando en cuando su mirada en la niebla...)

BODEGUERO.—¿Respira?

EL.—Sí. (*Aproximando su mano al corazón de la actriz.*) Parece que el corazón adquiere sus latidos normales.

BODEGUERO.—Del corazón de las mujeres no debe uno fiarse.

EL.—¿Fuiste engañado alguna vez?

BODEGUERO.—Al contrario. Mi mujer me abandonó a los pocos días de matrimonio.

EL.—¿Y para qué?

BODEGUERO.—Cada uno siguió su camino. A la mujer hay que dejarle vía libre... Si se coloca usted delante, atropello seguro... (*Por la actriz.*) No vale el susto que nos ha dado...

EL.—Jamás he sentido tanta inquietud como cuando la oí pronunciar «si es verdad que existe una justicia divina, que esta bebida se transforme en veneno».

BODEGUERO.—Cualquiera hubiera convencido a los jueces de que se trataba de un milagro. Claro es que ya encontraríamos algún medio para evitar responsabilidades...

EL.—Sin embargo, nosotros defenderíamos siempre la verdad.

BODEGUERO.—¿Y de qué iba a servirnos?

EL.—Para tranquilidad de nuestra conciencia.

BODEGUERO.—(*Despectivamente.*) ¡Bah!... Yo no tengo espíritu de sacrificio. Antes de ser víctima es preferible ser verdugo. (*Acercándose a la ventana.*) La niebla nos protegería mejor que la verdad...

EL.—La verdad por encima de nuestros intereses, de nuestra propia vida.

BODEGUERO.—(*Riéndose.*) Eso sería bueno cuando en el mundo existiera una sola verdad. Pero, créame usted, hay tantas verdades como hombres. Cada uno de nosotros lleva su verdad.

EL.—Su egoísmo, querrás decir.

BODEGUERO.—Como usted quiera, al fin el egoísmo es la vida de cada uno.

(LA ACTRIZ pronuncia unas palabras ininteligibles.)

EL.—¡Calla! ¿Has oído?

BODEGUERO.—Rumores de palabras... No tardará en hablar claro. Creo que ya no me necesitará usted. Estoy solo y el negocio no debe abandonarse por una mujer.

EL.—Vete, si quieres.

BODEGUERO.—(*Indicándole un timbre que hay en un ángulo de la pared.*) Aquí tiene usted el timbre por si necesitara algo... (*Saliendo.*) El susto lo pondré en la cuenta.

LA ACTRIZ.—(*Como si despertara de un sueño. Mirando a su alrededor.*) ¿Dónde estoy? (*Fijándose en EL.*) ¿Eres...? Eres el otro, el fantasma. ¡Déjame! No quiero verte.

EL.—(*Sonriendo.*) Un fantasma.

LA ACTRIZ.—(*Con energía.*) ¡Nada más!



Los que siempre acechan.

EL.—Un fantasma que se ha enroscado en tu vida como una víbora.

LA ACTRIZ.—¿Por qué me perseguiste? Si me hubieras dejado franco el camino, mi vida seguiría su ritmo...

EL.—No lo sé. El día en que fijé mis ojos en ti debieron haberme asesinado por la espalda.

LA ACTRIZ.—Caí en tus brazos como en un abismo...

EL.—Y yo en los tuyos, que ojalá hubieran sido cuchillos...

LA ACTRIZ.—El deseo ahogó nuestras vidas.

EL.—Eras hermosa.

LA ACTRIZ.—Y la belleza sólo te sirvió para deformar mi cuerpo y que de él saliera tu venganza...

EL.—Nuestra hija.

LA ACTRIZ.—No es hija mía. Es hija de la ficción, de la farsa...

EL.—(*Enérgico.*) ¡Mientes! (*Amenazándola.*) ¡Repítelo!...

LA ACTRIZ.—(*Riendo.*) ¡Si te atreves, mátame! Aquí me tienes, indefensa, como en la noche de mi perdición... (*Llora.*)

EL.—(*Recobrando la serenidad.*) Perdóname. Un momento de arrebató. No supe lo que hacía... No llores...

LA ACTRIZ.—(*Absorta.*) ¡No es posible! Una hija no puede ser tan cruel...

EL.—Olvida lo pasado.

LA ACTRIZ.—Nunca.

EL.—Aún podemos ser felices.

LA ACTRIZ.—Ojalá pudiéramos serlo.

EL.—Si tú quieres.

LA ACTRIZ.—¿Y cómo?

EL.—Rehaciendo nuestras vidas.

LA ACTRIZ.—Eso no se logra más que en las comedias. En la vida real no es tan fácil cambiar de sentimientos...

EL.—Iremos muy lejos...

LA ACTRIZ.—Y cuanto más lejos vayamos más nos acercaremos al recuerdo. No hay fuerza humana capaz de luchar contra los fantasmas...

EL.—(*Pretendiendo abrazarla.*) Probemos.

LA ACTRIZ.—(*Separándose violentamente.*) ¡Me das miedo!... ¡Déjame marchar!...

EL.—(*Poniéndose delante de ella.*) Seré siempre tu fantasma.

LA ACTRIZ.—(*Arrodillándose.*) ¡Te lo suplico. Necesito huir de tu lado...

EL.—Prométeme una cosa.

LA ACTRIZ.—Cuál.

EL.—Que no interpondrás tu crueldad entre tu hija y...

El violinista sefardita

por JUAN IBERO

LA ACTRIZ.—(*Sin dejar que termine la frase.*) Destruiré su vida como ella ha hecho con la mía.

EL.—(*Con decisión.*) Levántate. Veo que puede en ti más el deseo que ningún otro afecto. Te dejaré marchar.

LA ACTRIZ.—(*Con impaciencia.*) Eres bueno. Otro hombre me hubiera matado.

EL.—(*Sonriendo.*) ¿Acertarías a salir con los ojos vendados?

LA ACTRIZ.—(*Con gran decisión.*) Sí.

EL.—No lo creo.

LA ACTRIZ.—(*Con energía.*) ¡Te lo juro!...

EL.—(*Sacando un pañuelo la venda los ojos.*) Siempre te guió el deseo. Eres una mujer toda carne... (*Guiándola hacia el ventanal.*) Te pondré cerca para que no te engañes... Ya está... (*LA ACTRIZ camina muy despacio hacia el ventanal.*) Despacio, no vayas a tropezar...

LA ACTRIZ.—Esta oscuridad me da miedo... ¿Falta mucho?

EL.—Sigue. Tres pasos más y has ganado tu libertad...

LA ACTRIZ.—Otro hombre me hubiera matado. Eres bueno...

EL.—Que no se te olvide. Te he querido como nadie pudo quererte en este mundo... Ya eres libre... ¡Adiós!...

(*LA ACTRIZ cae por el ventanal, oyéndose un grito aterrador. ELLA se queda inmóvil, como si aquel grito la hubiera conmovido. EL se acerca al ventanal en actitud desesperada, haciendo intención de seguir la trayectoria de la actriz. Por fin se decide a tocar el timbre. Momentos después se presenta el BODEGUERO. Al observar que está solo EL, comprende lo que ha pasado.*)

BODEGUERO.—(*Riendo estrepitosamente.*) Se ha cumplido el milagro. Nadie más que usted y yo lo sabemos. No hay que apurarse...

EL.—(*Con honda emoción.*) Lo sabe también Dios.

BODEGUERO.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Y qué?

TELON

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39
Apertado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

"LEAMOS"

a las personas que la soliciten

I
En la iglesia evangélica de la Colonia norteamericana en Berlín se organizan—como en otras iglesias análogas—sesiones de música, canto o poesía profanos, a cargo de algún celebrado artista, para amenizar los intervalos del consuetudinario oficio sagrado del domingo, lo que hace sea éste atrayente, lo mismo a los congregantes ortodoxos que a los curiosos escépticos.

Un domingo se anunció la asistencia de un célebre violinista hispano.

Algunos compatriotas, que nos hallábamos a la sazón en aquella ciudad prusiana, no pudimos resistir al deseo de evocar nuestro país lejano, al conjuro de tan sugestiva audición.

Maravilla nos causó aquel templo por su sencillez dentro de la gravedad; su artístico ornamento sin afectación: una estancia clara y deleitable, como para recibir a una sociedad seria y culta, como si, a más de templo sagrado, fuese Ateneo de Ciencias y Artes.

Después de la lectura del consiguiente capítulo de la Biblia, el pastor ascendió al púlpito para pronunciar su hebdomadaria plática. Su gallarda estatura y continente noble y serio, en armonía con el ambiente de la sagrada casa, eran realzados por cierta comunicativa afabilidad reflejada en su semblante, como compendio de lo que sus labios iban a pronunciar. Su plática es sencilla, sugestiva, como la de un intelectual moderno, de maneras distinguidas, que predica una moral basada en las internas virtualidades; y su sencilla elocuencia tenía también su música, muy adecuada al momento en que íbamos a oír al célebre violinista hispano.

II

Sentado en el banco delantero de la serie de asientos, sólidos y cómodos, que ocupan, en hileras, la nave del templo, solo, cabizbajo, vestido de negro, está el violinista. Su tipo moreno, alto, de ojos grandes, soñadores, profusa cabellera de poeta renacentista, facciones viriles, atrayentes, denunciaban a la raza hispana; pero en su continente se advertía cierto aire original, que no nos parecía del hispano de nuestros días, del compatriota recién llegado de España.

Era aquel artista del arco, hebreo sefardita, procedente de una ciudad del lejano Oriente, el cual se sentía orgulloso de ostentar un apellido hispano, que le legaron sus abuelos es-

pañoles, que un funesto edicto expatrió un día de su nunca olvidada España.

La coincidencia de tan sugestivas patrias, favoritas del sol meridional, vinculadas al alma de aquel artista, auguraba a los americanos una música excelsa, emanada del tesoro espiritual de un artista de abolengo, de leyenda y de misterio, que lleva en su sangre el dolor del destierro, y al que rodea la simpatía del que sufre el peso de un injusto anatema. ¿No traería en la caja de su violín la odisea dolorosa de su pueblo, las viejas glorias y recuerdos de su raza, la más inteligente y, también, la más desgraciada?

El espíritu, anhelante de sentimientos nobles, halla en la música el regulador de la emoción y el ideal; por eso ha sido ella en todos los tiempos un poderoso auxiliar de la fe.

III

Cuando le llegó la hora de su actuación, el virtuoso enderezóse, templó el violín, y sus notas temblorosas rasgaron el silencio y resonaron en la nave como un eco de lo etéreo, como una emisión balsámica, mezcla de esperanza y languidez, de alegría y vaguedad, que despiertan en el alma nostálgicos recuerdos...

Es el violín el suave incitativo de la añoranza, el amigo del recóndito arcano del corazón, que al tañer su nota indefinida, tendía, en la solemnidad de aquel marco sagrado, el lazo sutil que liga lo humano a lo divino.

Tenía aquel mago de la música tan vencido y doblegado su instrumento a la habilidad de su arte y a la voz de su sentimiento, que creímos fuera su sinfonía un reflejo reminisciente de las glorias y destinos del pueblo de Israel: la confianza en la fe de los Profetas, en la liberación del pueblo de la Alianza, en la reintegración, tras las amarguras de la esclavitud, al Monte de Santidad, a la Ciudad de Dios, bajo la enseña que levantará el Señor para reunir los fugitivos de Israel...

Pero nuestro virtuoso sefardita, sin dejar de ser de Israel, era español. Su música era hispánica. Más que a olorosas timiomas de la sinagoga, transcendía a perfume de los jardines de España. Su patria perdida, heredada en imagen nostálgica de sus abuelos, se alzaba arrogante en el altar de su corazón, y a ella le dirigía sus líricas preces hispanas, vehementes y apasionadas, que cobraban en su violín la dulzura y templanza de su alma sentimental.

IV

El sefardita, en vez de aversión a la patria ingrata, propaga el amor a España con su violín; y más que al culto de Jehová, asistimos a la adoración de Euterpe; y más que a la Musa divina, honramos al genio musical de nuestra raza, que el sefardita exalta con su arte en aquel templo extraño a nuestro pueblo. Y como la música es reflejo de la psicología general de cada pueblo, en cierto modo, asistíamos al culto de nuestra propia alma.

Los americanos, altos y graves, y las señoras, cabizbajas mientras oían, ensimismadas, la música de un país de antiguas leyendas y tradiciones de que el suyo carece, que les evocaba románticos poemas y nutría su sensibilidad de objetivos y subjetivos recuerdos, pensamos en el poder de sugestión que representa el soñar en España a través de la lejanía, la música, el romance, la pintura... Aquella sinfonía les guiaba, mentalmente, a los regios castillos medievales, a los altivos torreones de leyenda, a los palacios encantados, como los de *Las mil y una noches*, a los jardines de floridos naranjos y rosales, a las cantarinas fuentes de alabastro... Asistían, en suma, imaginativamente, a las pintorescas escenas de los *Cuentos de la Alhambra* de su insigne compatriota Washington Irving, diluidas en música.

V

Hebreos y cristianos de largas tierras; españoles del siglo XVI y del XX, unidos y compenetrados en un sublime pensamiento por la magia musical de un doliente nieto de españoles, que una inexorable ley obligó a reproducir las crueles escenas de los éxodos ancestrales de los tiempos bíblicos—; siempre en busca de una «tierra de promisión»!...—, eran circunstancias que nos obligaban a pensar en el arraigo, en el corazón del virtuoso, del legado hereditario sentimental de una patria que acaso jamás conoció y de la que propaga por el mundo su fe hecha música; y cobijado en aquella mansión cristiana, como en un acto de rehabilitación por los méritos de su arte, no sabemos si lo que experimentamos es orgullo por la parte de su gloria que nos toca como españoles, o vergüenza de no poder estrecharle las manos sin temor a una mirada o gesto de reproche...

Por último, después de la sinfonía, cantaron a coro las *ladies* y *gentlemen* el ritual himno bíblico, como epifonema o aclamación final, en que se alaba a Sión, a la Ciudad de Dios, al Pueblo elegido... que completaba aquel espléndido culto lírico. Y aunque no sentimos al Jehová de las irascibles vindicaciones, sin embargo las remi-

niscencias y evocaciones que nos sugirió el sefardita, pagando, cristianamente, a su patria espiritual bien por mal, y la música española, cual incienso del altar de nuestros lares, en aquel acogedor templo exótico, influyeron hondamente en nuestro ánimo, y salimos de allí como regenerados por un vivo sentimiento religioso de lo bueno, bello y verdadero.

ROGAMOS

a nuestros suscriptores se sirvan remitir a esta Administración el importe de su suscripción, por giro postal o en sellos de Correos, y que tomen nota que, de no haber recibido su remesa, le será presentada una letra por el importe de la anualidad.

DESTITUCIÓN INDISPENSABLE

Por el prestigio y la salud de la República

Es indispensable que sean inmediatamente destituidos cuantos directores generales e inspectores generales lo hayan sido con cualquiera de los Gobiernos de las tres Dictaduras. Lo contrario sería convertir las huestes gloriosas que hicieron triunfar a la República en envilecidas comparsas de los logreros inmorales que detentan los altos cargos.

Por hoy señalamos a los señores Aragón Montejo, director general de Acción Social e inspector general de Seguros y Ahorro con las dictaduras Berenguer y Aznar, y que ha sido confirmado en el segundo de estos cargos, gracias a su monarquismo, por el Gobierno Provisional de la República. Y a don Felipe Gómez Cano, subsecretario de Trabajo con Berenguer, inspector general de Trabajo con Aznar y nombrado director general de Acción Social, gracias también a su monarquismo, por el Gobierno Provisional de la República.



NOCTURNO, por Maside

DE ARTE GERHARD MUNTHE

por A. VIDALENC

En Osio ha fallecido recientemente el célebre pintor noruego cuyo nombre preside estas líneas.

Nos aparece Gerhard Munthe como uno de los artistas más representativos de la civilización noruega, uno de los que nos hacen comprender mejor el alma popular, con sus creencias, su misticismo y sus puerilidades. Munthe, que es también un paisajista excelente, ha ilustrado, sobre todo, las viejas leyendas escandinavas, heroicas o tiernas, terribles o graciosas. Ha hecho revivir los hechos de los antiguos reyes y sus compañeros: Harald de la bella cabellera, Olav el Santo, Sigurd, Haakon el Bueno, Aasmund Fraedejaev; nos encamina en las encantadas forestas donde reinan los «trolls» malhechores, y donde magos terribles retienen cautivas a las princesas y cambian en animales a los caballeros que intentan libertarlas.

Munthe nació en 1849. Estudió en Munich, pero dos viajes a París le convirtieron al impresionismo y al realismo, y cuando regresó a Cristianía fué para tomar parte, con Krogh y Werenskjold, en las luchas de entonces.

No tiene nada de teórico; escribir no es lo suyo, y solamente su abundante obra es la que habla por él.

Con su increíble fecundidad, lo que primero sorprende en Munthe es su alegría de pintar. Temperamento vigoroso, desbordante, no es de esos delicados que meditan largo tiempo sus ideas antes de fijarlas en el lienzo. No tiene nada de pensador sutil, no se para en los análisis o en las síntesis, y es, ante todo, un sensitivo, fácilmente conmovido por un bello paisaje o un bello cuento, y que quiere realizar su emoción, como un medio de saborearla más tiempo. En algunos golpes de pincel, fijará, pues, la puesta del sol, la noche blanca, el camino de árboles, y en otro orden de ideas, las aventuras de Brus o los hechos de Harald.

Es lo que da a todas sus obras: acuarelas, óleos, dibujos a pluma, este frescor, esta vida intensa que nos place. Se siente que es el primer movimiento del artista, la emoción fijada todavía fresca, sin que ningún comentario, ninguna reflexión venga a disminuir su intensidad. De aquí, insuficiencias, debilidades, que críticos advertidos han podido señalar sin indulgencia. No nos detendremos más en esto. Y no porque no se le puedan señalar ciertas negligencias, sino porque, con todas imperfecciones, su obra resta sabrosa y viva, y nosotros nos

dejamos subyugar por el encanto de ella.

Munthe ha debutado por paisajes. El Museo de Cristianía posee gran cantidad, fechados en 1875 a 1890. Son paisajes de Noruega, de una corrección bastante fría al comienzo; de una técnica muchas veces indecisa, pero que testimonia un real frescor de impresión. Se asemejan a los de la escuela de paisajistas de Barbizón, y no es que haya influencia directa, pero tienen el encanto romántico de los cuadros de Dupré o Daubigny, más bien que la emoción de las tablas de Millet o Courbet. Munthe es, en efecto, más sensible a la belleza de árboles y cosas que a los aldeanos y su labor. Con la edad se desembaraza de los procedimientos de escuela y trata de olvidar todo lo que hubiera podido disminuir su goce de pintar. Sus primeras telas son compuestas, revelan un gran cuidado por la agrupación, por la ordenación de las masas, pero esa atención desaparecerá, y

ya no se tratará sino de la impresión. Esta excesiva liberación podía ser peligrosa para artistas mediocres, pero Munthe no es un mediocre: si parece tirar al azar, sobre el lienzo, algunas pastas de color, es con una seguridad de mano y una ciencia del colorido que no se desmienten nunca.

El talento de Munthe se completa cuando da sus ilustraciones de folklore nórdico, cuentos de hadas o «sagas» heroicas. Abundante, prolijo, como todos los cuentistas, ha multiplicado los frescos, los lienzos, las acuarelas, los croquis, gozando con las bellas historias que se le contaban; placiéndose también en los dibujos que ponía al margen.

No es un pintor de historia y no le preocupa la exactitud: sería demasiado fácil indicar los anacronismos de su obra; pero, lo más a menudo, son errores voluntarios, cometidos por el gusto de lo pintoresco. Su concepción del rey Harald o de San Olav es, sin duda, fantástica, pero al igual que se ha podido sostener el que la leyenda es muchas veces más verdadera que la historia, se puede también pensar que los personajes de Munthe contienen más verdad que las más minuciosas reconstituciones históricas.

UN ACUERDO DEL AYUNTAMIENTO EN HONOR DE ROBERTO CASTROVIDO

El Ayuntamiento republicano de Madrid tomó el acuerdo de rendir un homenaje a Roberto Castrovido.

Bien merecido lo tiene el insigne madrileño. Suponemos que será a base de hacerle hijo adoptivo o predilecto de la villa que dejó de ser corte, porque nadie lo merece más que este escritor insigne, que ha penetrado Madrid por los cuatro costados y que lo lleva dentro como el mejor tesoro de su alma grande.

Será, sin duda, a base de eso; pero debe tener mayor expansión; no debe quedar encerrado en las cuatro paredes del salón de sesiones, sino que,

por el contrario, deberá salir a la calle para invadirla y rebasar en ella las proporciones que tuvieron homenajes de esta naturaleza.

¡Una fiesta en su honor en la Casa de Campo! ¿Hace?

* * *

Recogemos este suelto de «El Liberal» para manifestarnos de perfecto acuerdo con él. NUEVA ESPAÑA se adhiere con entusiasmo al homenaje en honor del gran escritor y ciudadano don Roberto Castrovido, y ofrece su concurso para cuanto se estime necesario.

ESTERAS

Tercio de los mitad de precio. Lino-leum, 6 ptas. m2. Salinas, Carranza, 5. Teléfono 32370.

SUCESOR DE
E. PALEZ
FOTOGRAFADO

APARTADO 8.028
TELÉFONO 32.254

38 AÑOS
DE PRÁCTICA!!
QUINTANA 33. MADRID

CERVANTES Y LOPE

por F. VAZQUEZ MALDONADO

El asunto de la enemistad de Cervantes y Lope ha constituido un tema de apasionada controversia entre los eruditos. Diversas circunstancias parecen confirmarlo de un modo definitivo. Las alusiones a Lope del prólogo de la primera parte del *Quijote*, la historia de los amores de Lope con Elena Osorio, que algunos han visto en la novela de Luscinda, Cardenio y don Fernando, la publicación del *Quijote*, de Avellaneda, y otros datos y circunstancias de las biografías respectivas. Ambos ingenios muestran disposiciones y capacidades en todo diferentes. Cervantes sobresalía a inmensa altura en el género novelesco. Pero no se conformaba de buen grado a quedar por debajo de su fama, como novelista, en el teatro. Lope, por el contrario, dominaba en la dra-

ahí está, si no, para probarlo, el célebre soneto de Estébanez Calderón contra Gallardo, que comienza: *Caco, cuco, faquín, bibliopirata*.

La diferencia de numen entre Cervantes y Lope es esencialísima e ineludable. Lope, según nos consta, es el creador y el pontífice máximo del teatro. Cervantes es el fundador de la novela moderna. Nadie, antes que él, había novelado en España, según nos dice el mismo Cervantes. Nada viene a añadir esto a lo ya sabido y conocido. Sin embargo, existen ciertos extremos, dignos de estudio, acerca de la significación que tienen para la historia de las ideas en España, el carácter y la tendencia particular mantenida por cada uno, dentro del género en que más sobresalió. Algo se ha escrito acerca de esto; pero nada se ha hecho, que yo sepa, de una manera seria y científica. Y sería de capital interés que se hiciese, porque habría de arrojar vivísima luz sobre una serie de problemas de nuestra literatura aún inéditos. Me refiero a la tradición que deja en nuestra literatura el teatro de Lope y la novela de Cervantes. Qué caracteres distinguen a los dos géneros, salidos de las manos de ambos genios, y qué derivaciones e influencias ejercen ambas tendencias en la literatura posterior.

No cabe duda, por lo pronto, aunque todo esto ha de quedar a los resultados de una investigación metódica y ordenada: no cabe duda—digo—que la tradición del teatro de Lope prolonga su influencia hasta los últimos días del siglo XIX, si bien, no significa esto que permaneciese cerrado por entero a toda clase de influencias extrañas. La tradición de la novela que deja Cervantes, por el contrario, se pierde casi en España, y no reaparece hasta que se siente su aliento y su inspiración en Pérez Galdós, que es, de nuestros escritores contemporáneos, el más español de todos, el más hondo, humano y trascendental. Porque sucede así, y no de otra manera, es un tema tentador para todo el que quiera ver en la historia de la literatura algo más que la seca y escueta noticia de obras y de autores. Las influencias que someten nuestra novela a una orientación determinada, nos vienen especialmente de Francia, cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, se verifica el resurgimiento de nuestra novela. Durante la centuria anterior, la novela es un género sin

vida en España, o queda reducido, cuando más, a manifestaciones aisladas y sin preponderancia.

¿Cuál es, pues, el carácter determinado con que hace su entrada en nuestra literatura cada uno de ambos géneros, apadrinado, cada uno, por Lope y por Cervantes? Ya hizo constatar Menéndez Pelayo, en sus *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, el carácter esencialmente popular de su teatro, gran parte del cual se inspira en los asuntos e ideales de la tradición épica. El teatro de Lope vive del aura popular, y al pueblo se dirige, presentándole situaciones y conflictos que son de su gusto, y que ya de antemano conoce, única manera de evitar que se aburra y se desentienda del teatro por espinoso y difícil. La actitud del mismo Lope, ante los pro-

Sin libertad es triste, es odiosa, es imposible la existencia. En nuestros pueblos hay pocos hábitos de resistir dentro del derecho y muchos hábitos de apelar a la violencia. Somos caudillos, guerrilleros, soldados, y no sabemos ser ciudadanos.—CASTELAR.

mática. Pero tampoco se resignaba, muy a su gusto, a no distinguirse del mismo modo en todos los géneros, y de ahí, sin duda, su prurito de ejercitarse en todos, con el fin de demostrar su competencia universal, como apunta, con sobradísima razón, Fitzmaurice Kelly en su *Historia de la literatura española*.

Las costumbres literarias de la época eran propicias a este género de disputas entre los grupos y cenáculos literarios de la corte, como ya lo demuestran las sátiras y poesías de burlas que se cruzan más tarde, sin miramiento alguno, entre Góngora y Quevedo. Y menos puede extrañarnos aún esta costumbre, si recordamos las discusiones y rencillas de las tertulias literarias del siglo XIX. Y

Un sujeto adulado, como lo ha de ser siempre un jefe, tanto si es emperador como si es encargado de un taller, está expuesto a ser en todas las ocasiones engañado y, por consecuencia, condenado a no saber nunca apreciar las cosas en sus proporciones verdaderas.—RECLUS.

blemas del teatro, nos revela también sus intenciones, prescindiendo, conscientemente, de las trabas y preceptos de la retórica aristotélica, tan de moda durante la época del Renacimiento, y adoptando, en cambio, el principio de que «puesto que paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto». O le sirve, al menos, de pretexto para justificar dislates y equivocaciones. Por consiguiente, el mérito no está en que las obras sean buenas, y estén bien meditadas y bien trazadas, sino, simplemente, en que sean muchas. Cantidad antes que calidad. Lo excelente, lo óptimo, consiste en asombrar por el número. Funesta idea que perjudicó grandemente a Lope, y a todos los que se creyeron, como él, en el caso de ser fecundos.

La clarividencia de Lope, le apartó, sin embargo, con vislumbre genial, de las exigencias y estrecheces de la retórica aristotélica; pero, en cambio, su preferencia por lo espontáneo y popular, llegó a perjudicarlo, por venir a exagerar las mismas cualidades a que debe sus aciertos más profundos y originales. Las ideas del teatro de Lope, son las mismas que brillan en el cancionero popular y en las dueñas y caballeros de la sociedad de su tiempo. Los ideales caballerescos, el honor y la fidelidad al rey. Sus conflictos dramáticos, cuando toca o se acerca a lo específicamente humano, no van más allá de las dudas y vacilaciones de la pasión, sin la hondura psicológica, ni las reflexiones morales y filosóficas que después se observan en el teatro de Tirso y de Calderón. El espíritu popular consigue su expresión adecuada en el teatro de Lope, en obras, como, por ejemplo, *Peribáñez*, *Fuente*

Invitamos a los pueblos a que nos formulen sus quejas, para comentarlas en justicia. Sólo la voluntad de defensa puede virilizar los pueblos, sólo la exposición implacable de sus vergüenzas puede dignificarlos.

Ovejuna y *El mejor alcalde, el rey*, aunque tenga su manifestación máxima en *El alcalde de Zalamea*, de Calderón.

El teatro se dirige además a un público numeroso y sin seleccionar. Es, por consiguiente, con arreglo a su naturaleza, un arte de multitudes. La novela, por el contrario, tiene un público de lectores más reducido. Es, pues, un arte de selección, de minorías. Esta circunstancia le impone un tono más mesurado, una medida más cabal, y, al mismo tiempo, le obliga a una capacidad de reflexión que le coloca, como instrumento del pensamiento y del arte, por encima del teatro. La novela tiene en todas partes un abolengo intelectual, que de ninguna manera puede alegar el teatro, sino casi en nuestros días, cuando autores del nombre y de la valía de Sardou, de Ibsen y de Galdós, modifican la estética fundamental del teatro, llevando a la escena los problemas y los procedimientos de la novela moderna.



Hay que hacer, sin embargo, una excepción en favor del teatro de Shakespeare. El teatro inglés del siglo XVII es el único teatro del mundo de carácter intelectual. Y no es este el único orden en que los ingleses se adelantaron en siglos al resto de Europa. Ahí están además la Carta Magna, y lo que luego se llamó la Cámara de los Comunes, que pueden atestiguarlo. Pero en las demás literaturas europeas, la novela ostenta su rango intelectual por encima del teatro.

El teatro encuentra su inspiración y su procedencia inmediata en la poesía épica popular. La novela en manos de Cervantes, con el *Quijote*, deriva directamente de la tradición castellana satírica y realista que representa en nuestra literatura el *Libro de buen amor*, el *Corbacho* y la *Celestina*. Estos libros nacen ya con un carácter tan hondamente humano y un conocimiento tan completo y sustancial de la realidad y de la vida, que nadie puede negarles su rango intelectual. Se nota en ellos «una profundidad», «un saber», que no tienen otras manifestaciones literarias de los tiempos medios. Cervantes eleva el rango intelectual de la novela haciendo de ésta el género literario más capaz para llevar al terreno del arte los problemas más serios y difíciles de la existencia. Pero, al mismo tiempo, hunde la mirada en la realidad española; y el mundo que rodea a sus creaciones, los hombres y las mujeres que nos presenta, todo, en fin, es español desde la piel a los huesos.

¿Cómo y por qué una orientación como la que representa Cervantes, queda sin continuadores, y, en cambio, sigue su marcha el teatro, en sentido ascendente, durante el siglo XVII? El tema tan socorrido de la decadencia, que comienza a iniciarse en España, no nos satisface por completo. Desde 1615, que se publicó la segunda parte del *Quijote*, al último tercio del siglo XVII, en que comienza a declinar nuestra literatura, brillan los grandes autores dramáticos que suceden a Lope en la supremacía del teatro. El *Quijote*, en cambio, no produce más floración en la literatura de la época, que la del falso *Avellaneda*, con intención malévola y descarriada. La tendencia del *Quijote* no encuentra eco en la inspiración de los escritores de la época. ¿Por qué? No veo otra razón que la natural de una nueva dirección del pensamiento, distinta de los valores que representa el Renacimiento. Al comenzar el siglo XVII asistimos a las últimas derivaciones del Renacimiento en España. Una de las postreras voces que levanta en España el Renacimiento es la de Cervantes. El espíritu de la Con-

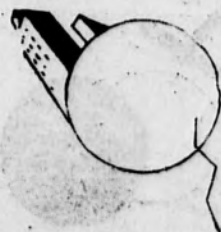
trarreforma, triunfante entre nosotros, ahoga las últimas manifestaciones renacentistas, y comienza a brillar entonces entre nosotros el genio teológico y dogmático de la raza, cuyos destellos llegan también a la escena. En tanto, los géneros literarios en que hubo de complacerse el Renacimiento; la novela pastoril, la novela sentimental y la caballeresca desaparecen de la literatura. Muerto Cervantes, no se escriben novelas de ninguno de los tres géneros.

Haríamos mal, no obstante, en pensar que sólo con las razones expuestas estamos en posesión de todos los datos que resuelven el problema. El hecho literario es siempre más complejo de lo que muestra a primera vista. El desarrollo de otros géneros literarios, como la novela picaresca, muy conforme con las cualidades realistas de nuestra literatura y del ingenio español, y los cuentos y novelas

La Justicia está sometida a disputas; la fuerza es reconocedora y sin disputas. Así no pudo dársele fuerza a la Justicia, porque la Fuerza contradijo a la Justicia y declaró ser ella lo justo. Y no pudiendo lograrse que lo justo fuera fuerte, se ha hecho que lo fuerte sea justo.—PASCAL.

cortas, van imponiéndose a todos los gustos. No son modelos que puedan colocarse al lado de las grandes obras literarias, sino narraciones breves y novelas de entretenimiento, cuyos elementos constructivos esenciales son los datos de las costumbres. Pero en las que no faltan tampoco los rasgos picarescos.

Todas estas cuestiones ofrecen un interés profundo. Y es lástima que no exista un estudio detallado y metódico de las tendencias literarias en el siglo XVII, y de las razones que influyen en el movimiento literario de este período, no menos interesante que cualquier otro de nuestra historia. Hombres capaces de abordar con fruto esos temas existen hoy en España. Ahí están don Américo Castro, don Pedro Sáinz, don Pedro Salinas, don Florentino Castro y otros profesores de nuestras Universidades y de nuestros Institutos con preparación y estudios para eso.



Libros políticos de actualidad

Al Servicio de la Justicia

La Orgía Aurea de la Dictadura
por Q. Saldaña

Al Servicio de la Historia

Bosquejo Histórico de la Dictadura
por Gabriel Maura Gamazo

Al Servicio de la República

por Alejandro Lerroux

Al Servicio del Derecho Penal

Diatriba del Código gubernativo
por Luis Jiménez de Asúa

Dos ensayos de Revolución

¿España en marcha?
por Emilio Palomo

La ruta de Marcelino Domingo

por Alicia Garcitoral

Al Servicio de la Conciencia Ciudadana

por A. Aguilera Arjona

Francia, el Dictador y el Moro

por L. de Armiñán

Libertad y Autoridad

por Marcelino Domingo

Al Servicio de España

por J. Sánchez Guerra

Al Servicio del Socialismo

por Julián Besteiro

Al Servicio de la Raza

por Gregorio Marañón

Al Servicio de la Patria

por Víctor Pradera

Al Servicio de la Plebe

por Julio Senador

Al Servicio de la Doctrina Constitucional

por M. de Burgos y Mazo

EDICIONES MORATA. -- MADRID
CIENCIAS BIOLÓGICAS

UNA SERIE VALIOSÍSIMA
Recientes adquisiciones en

Cirugía.
Fisiología.
Anatomía.
Psiquiatría.
Neurología.
Bloquímica.
Hematología.
Bacteriología.
Oftalmología.
Dermatología.
Psicopatología.
Patología general.
Medicina Tropical.
Rayos X y Radium.
Biología Experimental.
Obstetricia y Ginecología.
Enfermedades de los niños.
Medicina, Clínica, Laboratorio y Terapéutica.
Volúmenes encuadernados, primorosamente editados y con profusión de grabados en color y en negro.

ACABA DE APARECER

DICCIONARIO
ALEMÁN-ESPAÑOL

TERMINOLOGÍA DE CIENCIAS MÉDICAS, QUÍMICAS, ETC.

Por D. JOSE W. NAKE, intérprete Jurado de Madrid, en colaboración técnica con los señores: doctor GARRIDO, de la Facultad de Medicina de Granada y Dr. QUINTANA, Asistente al servicio del doctor MARAÑÓN

Esta moderna obra, muy completa, contiene unos 25 000 tecnicismos alemanes con sus correspondientes significados en español. No debe faltar en su biblioteca, pues interesa a todos los Sres. Médicos, Químicos y Traductores que consultan obras alemanas. :-:

Impresión clara a dos columnas.
Encuadernado en tela.
PRECIO: PESETAS 20.

Compre V. este libro magnífico

ALICIO GARCITORAL

LA RUTA

DE

MARCELINO DOMINGO

INDICE

Páginas

CAPÍTULO PRIMERO.—La herencia de Pi y Margall, Salmerón, Castelar y Costa.	9
CAPÍTULO II.—Vida de Marcelino Domingo y el ambiente español	57
CAPÍTULO III.—La vida se enlaza a la acción pública	97
CAPÍTULO IV.—Jornadas de 1917 y otras jornadas.	127
CAPÍTULO V.—La vida y el partido republicano radical socialista.	159
CAPÍTULO VI.—La obra de Marcelino Domingo	199

PRECIO: 5 pesetas.

VOLUMENES QUE INTEGRAN LA SERIE

MONOGRAFÍAS PRÁCTICAS

- J. A. A. MUÑOYERRO.—*Profilaxis de las principales enfermedades infecciosas infantiles.*
- E. A. SÁINZ DE AJA.—*Indicaciones de los Bismúticos y Mercuriales en el Tratamiento de la Sífilis.*
- J. BOURKAIB.—*Embarazo ectópico. Diagnóstico y Tratamiento.*
- J. GOYANES.—*Cirugía del Tiroides.*
- A. HINOJAR.—*El problema del tratamiento en la estenosis de las vías aéreas.*
- G. MARAÑÓN.—*Sobre los accidentes graves de la enfermedad de Addison y su probable patogenia.*
- J. MOURIZ.—*Diagnóstico serológico de la Tuberculosis.*
- L. OLIVARES.—*Algunas orientaciones sobre el tratamiento de las Heridas.*
- I. SÁNCHEZ COVISA.—*Significación clínica y valor diagnóstico de la Hematuria.*
- J. SÁNCHEZ COVISA.—*Síndromes ganglionares de origen venéreo.*
- F. SICILIA.—*Formas clínicas afines y diferenciales de la Tuberculosis y la Sífilis.*
- J. TORREBLANCO.—*Ritón y embarazo.*
- M. UBEDA SARACHAGA.—*Algunas ideas generales sobre la Insuficiencia circulatoria y su tratamiento.*
- F. VIGUERAS.—*Tratamiento quirúrgico de la Tuberculosis pulmonar.*
- I. DE LA VILLA.—*Espacios pelvianos.*
- J. JIMÉNEZ DÍAZ.—*Concepto de la Insuficiencia hepática.*
- J. CODINA.—*Evolución terapéutica de la tuberculosis pulmonar.*
- J. VALDÉS LAMBEA.—*Tuberculosis de los niños.*
- J. VALDÉS LAMBEA.—*Tuberculosis de los viejos.*
- E. MATEO MILANO.—*Estado actual de la terapéutica quirúrgica de la parálisis infantil.*
- J. SANCHIZ BANÚS.—*Los pseudobulbares.*
- J. BEJARANO.—*Profilaxis, tratamiento y estado actual de la lepra en España.*
- A. CASANOVA.—*El problema de la rotura quirúrgica de las vías biliares.*

MORATA.-EDITOR

TUDESCOS, 39 y 41.-MADRID